

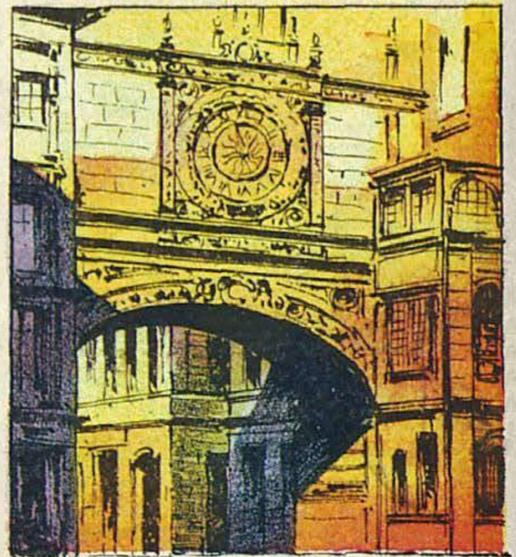
VISTO Y OIDO ★ 545 años sin que llamen al relojero ★ por PREMIANI



La REINA INGLESA
CABDURA
ENVENENO a su
MARIDO el REY y
SE REFUGIO en
FRANCIA,
DONDE DERROCHO
TODOS SUS TESOROS;
fue GOBERNANTA
de UNA
ABADIA, la EXPULSO
por su MALA CONDUCTA
CARLOMAGNO
y TERMINO PIDIENDO
LIMOSNA en
PAVIA.

LA REINA MENDIGA

Los INDIOS
SE HACEN
ESCUDOS
con la PIEL del
TAPIR,
TAN DURA,
QUE RESISTE
a LAS
FLECHAS.



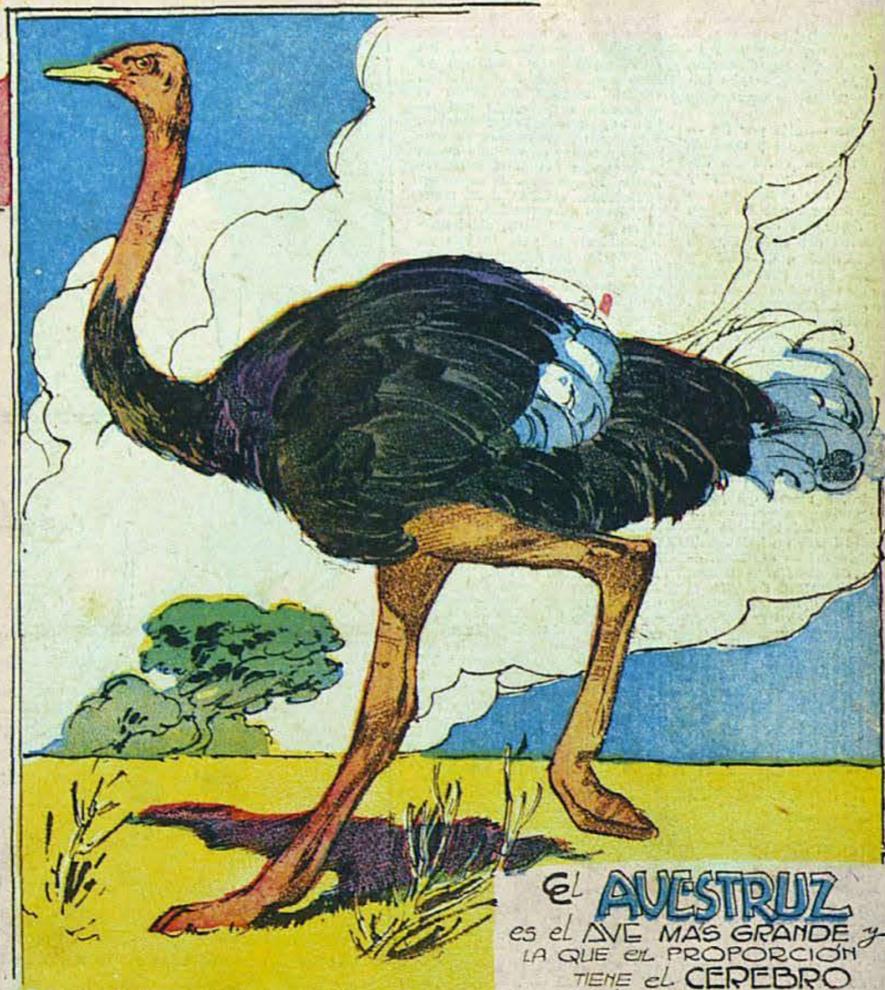
El **RELOJ** de la CATEDRAL de RUAY
fue MONTADO en 1389 y HASTA la FECHA
NO HA DEJADO DE ANDAR.



Las PLANTAS de
TLORES ROJAS
SON LAS QUE MEJOR RESISTEN la
SECA.



El VIOLIN de **SARASATE** SE
CONSERVA, por VOLUNTAD TESTAMENTARIA
de su DUEÑO, en el CONSERVATORIO de
MUSICA de MADRID y TIENE ASIGNADO
su VALOR de 20.000 PESOS ORO



El **AUESTRUZ**
es el AVE MAS GRANDE y
LA QUE EL PROPORCION
TIENE el CEREBRO
MAS CHICO.

Intención, al escribir este relato, no es precisamente la de ser creído, sino la de evitar la calificación de una próxima víctima. Sé que mi caso no tiene remedio y estoy casi resignado a contarlo. Mi nombre es Edward George Eden. Nací en Trentham, en Staffordshire, en cuyos jardines trabajaba mi padre. Perdí a mi madre cuando sólo contaba tres años de edad y a mi padre a los cinco. Mi tío George Eden, me adoptó como único hijo. Era un hombre soltero, cuya cultura se debía a él mismo y gozaba de cierta reputación. Costó gran esfuerzo mis estudios y siempre alentó mi ambición de abrirme camino en el mundo. Cuando falleció, hace ya cuatro años, me hizo heredero de toda su fortuna, que quedó reducida a quinientas libras, después de pagados los impuestos. Yo entonces tenía dieciocho años. En su testamento me aconsejaba que emprendiera a pagar el curso de mi educación. Yo ya había elegido la carrera de medicina y, gracias a su generosidad, postulé y a la buena fortuna que me asistió en un examen escolar, me encontré convertido en un estudiante de medicina del Colegio de la Universidad de Londres. En la época en que comencé este relato, yo me alojaba en un altillo muy pobremente amueblado y lleno de corrientes de aire, situado en la calle de la Universidad.

Un día, estaba por ir a lo del remendón de Tottenham Court Road, para que me compusiera unos botines. Esta fue la primera vez que encontré al hombrecito de la cara gastada, ese hombrecito que fue la causa de todas las inexplicables cosas que me vinieron sucediendo. Al abrir la puerta de calle vi que contemplaba, lleno de dudas, al número de la casa. Sus ojos, de un azul agudo y vivos en el borde, asomaron, al verme, una expresión de franca amabilidad.

No podía haber aparecido más a tiempo — me dijo —. Había olvidado el número de su casa. ¿Cómo le va, Mr. Eden?

Me quedé atónito ante la familiaridad de su trato: yo nunca lo había visto, antes. Me sentía un poco molesto, además, de que me hubiera sorprendido con los zapatos debajo del brazo.

— ¿Está usted preguntando quién diablo soy yo, eh? — me dijo, notando la cordialidad que yo demostraba —. Permítame asegurarle que soy un amigo. Yo lo he visto a Vd. antes, aunque Vd. no me haya visto a mí. ¿Dónde podríamos hablar?

— Vacié. No era necesario que cualquier extraño contemplara la pobreza de mi cuarto. — ¿Qué podríamos hablar mientras caminamos — dije.

— Miró a todos lados. — ¿Qué clase de elegancia se aprovecha para desfilas las botines en el pasillo. — ¡Vea! — agregó —. Venga a almorzar conmigo, Mr. Eden. Yo soy muy viejo y, con el ruido del tráfico no voy a conseguir que Vd. oiga mi voz. No sé por qué me sentí un poco incómodo ante la invitación. El invitado mi pensamiento. — ¡Vamos! — exclamó —. Muéstreme cortés aunque sea por respeto a mis canas. — Consentí al fin y me alejé con él hacia el restaurant de Blavitski. Después de un opiparo almuerzo, durante el que fracasaron todas mis preguntas, me recosté en la silla y pude examinarlo a gusto. Su cara afeitada estaba surcada de arrugas; sus ojos caían sobre las perfectas hilarias de dientes postizos y su cabello, blanco ya, era muy fino y muy largo. Me di cuenta de que él, a su vez, estaba haciendo un minucioso examen de mi aspecto.

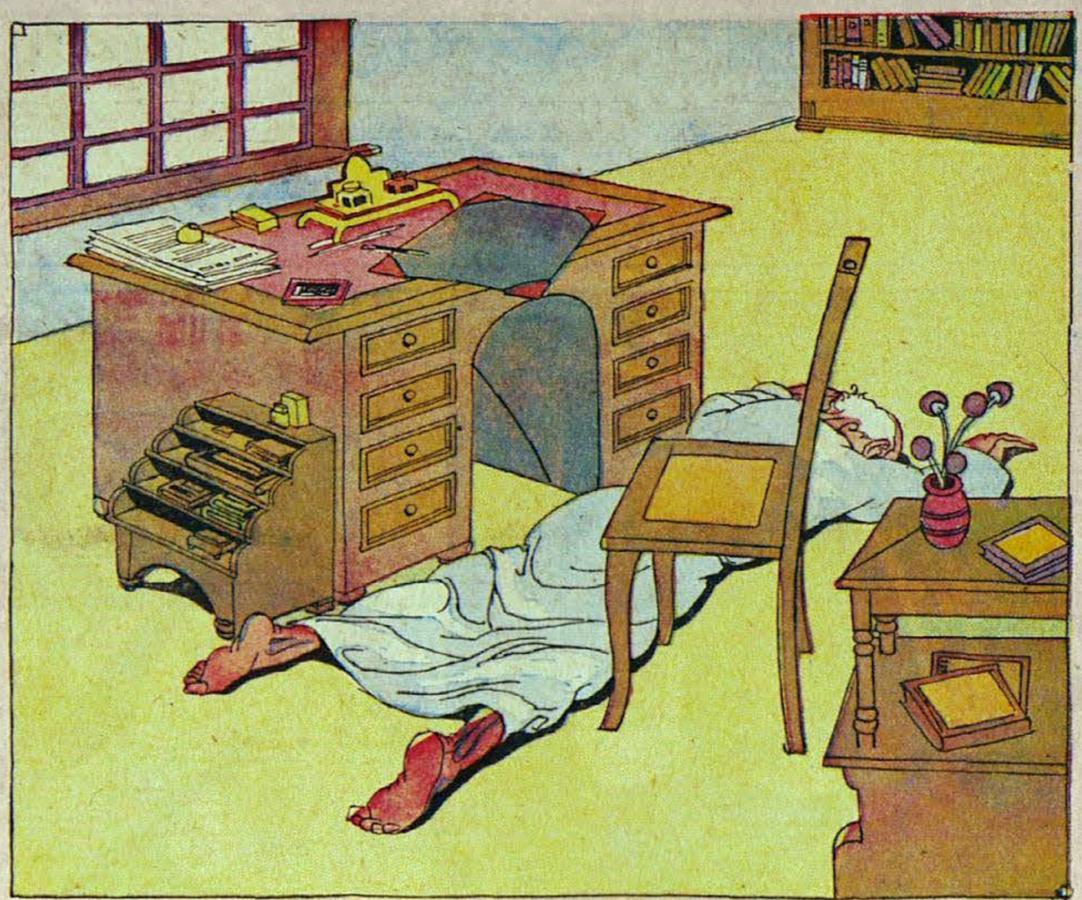
— Y ahora — dijo por fin — voy a enterarle del porqué de mi interés hacia Vd. Debo decirle que yo soy muy viejo y que soy muy rico. He estado cavilando acerca del mejor empleo que podría darle a mi dinero y he llegado a esta conclusión: Fíjese los ojos en mi cara. — Tratando de encontrar un joven ambicioso, pobre, sano de cuerpo y de alma y le haré mi único heredero, de modo que pueda abandonar para siempre las preocupaciones de una situación económica estrecha y pueda dedicarse a disfrutar de la vida como mejor le plazca.

— Traté de aparecer indiferente. — ¡Ah, ya veo — dijo hipocritamente —. Vd. desea que yo le ayude a buscar a esa persona.

Me miró, a través del humo de su cigarrillo, sonriendo comprensivo. — ¿Qué brillante carrera podrá hacer un hombre de sus condiciones! — exclamó. — Me lleno de envidia al pensar que otro disfrutaría de todo el dinero que yo he acumulado. Pero — agregó — hay algunas condiciones que imponer, como Vd. imaginara. Por ejemplo: ese individuo deberá tomar mi nombre y debe, además, enterarse de todas las circunstancias de su vida antes de que yo lo acepto como heredero.

Esto enfrió un poco mi creciente entusiasmo. — ¿Y debo creer entonces, que yo... que yo... — dije.

— Sí; Usted! — dijo, casi con brutalidad —. Usted. Usted. No conteste una palabra. Mi imaginación se perdía en giros fantásticos y mi escepticismo fue inútil, esa vez, para aplacar sus transportes. Sin embargo, yo me sentía agradecido en lo más ínfimo. No sabía qué decir ni cómo decirlo. — Pero, ¿por qué yo en particular? — pregunté, por fin. Me explicó que el profesor Haslar, había hablado de



también él estaba bajo la influencia de la extraña bebida. De pronto, con un sobresalto recordé algo y hurgando en sus bolsillos sacó otro paquete, esta vez de la forma y tamaño de un jabón para afeitar. Estaba sellado de los dos lados. — ¡Casi me olvido! — dijo —. No lo abra hasta que yo venga mañana, pero tómelo ahora —. Lo tomé. Era muy pesado. — ¡Muy bien! — dije, mientras el coche se alejaba. — Si esto no contiene dinero, debe contener por lo menos, platino o diamante. Lo guardé cuidadosamente en mi bolsillo y eché a andar hacia mi hospedaje. Recuerdo vívidamente las sensaciones que experimenté en mi regreso a casa. Mientras subía por Regent Street estaba extrañamente persuadido de que esa era la estación Waterloo. Luego me froté los ojos y la calle volvió a ser Regent Street. En ese momento me asaltaron varias reminiscencias fantásticas. Es aquí — pensé — donde hace treinta años peleé con mi hermano. De pronto me eché a reír. Yo no existía hace treinta años y nunca tuve un hermano. Seguramente la rara bebida sería locura líquida, pues me sentí triste por la pérdida del hermano de marras. Al llegar a Portland Road, la locura asumió otras características. Allí comencé a recordar negocios desaparecidos y a comparar el aspecto actual de la calle con el que presentaba antiguamente. Pasó un ómnibus y el ruido de sus ruedas era exactamente el que produciría un tren. Luego me detuve ante lo de Stevens, el naturalista, recordándole inútilmente en recordar que tendría que ver el conigo. ¡Pero es claro! — dije al rato —. Stevens me prometió tres ranas para mañana. ¡Qué raro que lo hubiera olvidado!

Con mucho esfuerzo pude llegar hasta mi casa. Mientras me dirigía hacia mi cuarto, traté de aquietar mi mente recordando los detalles de la cena y juré por mí vida que no pude evocar la figura de mi anfitrión; lo veía solamente como a una sombra confusa; pero en su lugar, tuve una completa visión exterior de mí mismo, sentado a la mesa, arrebatado, con los ojos brillantes y charlando tomaré estos polvos — pensé — esto se está poniendo insipible.

Busqué los fósforos y el candelabro justamente en el lado opuesto al que acostumbraban a estar y no sabía bien si mi cuarto estaba a la izquierda o a la derecha. Estoy bebido — me dije — tambaleando innecesariamente para apoyar la afirmación.

— Mi cuarto me pareció completamente desconocido a la primera mirada. Sin embargo, allí estaban: mi viejo espejo y mi ropa de todos los días, des-

ordenada sobre el piso. Pero no obstante, el cuarto no parecía el mismo. Puse el pesado paqueto sobre el toilette y, sentándome en la cama, comencé a sacarme las botines. Medio desvestido ya, derramé el polvo dentro del vaso con agua y lo tomé. Mi mente se tranquilizó de inmediato y me acosté. Desperté sobresaltado, de entre un sueño poblado de esdralas. Sentí un gusto extraño en la boca y una laxitud agobiadora en todo el cuerpo. El cuarto estaba casi entre tinieblas; al principio no pude distinguir nada y permanecí un rato incorporado, tratando de acostumbrarme a la vista a la oscuridad. Entonces comencé a percibir algo raro en las formas oscuras de lugar la cama? Enfrente de ella debían de estar los estantes con libros; pero en su lugar se levantaba algo pálido, algo que no se parecía a una estantería. Y era demasiado grande para que yo creyera que se trataba de mi cama abandonada en la silla. Lleno de infantil temor arrojé a un lado las cobijas y saqué un pie fuera de la cama. En lugar de saltar de ella al suelo, como de costumbre, me encontré con que mi pie sólo llegaba hasta el borde del colchón. De otro paso (por decirlo así) y me senté al borde de la cama. Allí a mi lado, encontraría el candelabro y los fósforos, sobre una silla rota. Extendí el brazo para procurármelos; pero quedé agitiéndose en el aire. No había nada. Al retirar el brazo tropecé con una pesada colgadura, blanda al contacto y tibia de ella; parecía ser el dosel de la cama. Yo ya estaba completamente despierto y comencé a comprender que me hallaba en una habitación extraña. No me imaginaba cómo había entrado allí. Por otra parte, ya había aclarado un poco y pude distinguir un gran toilette contra la ventana. Parecía estar hecho de alguna madera finamente pulida. Había varios objetos sobre él, entre ellos uno que tenía la forma de una herradura pequeña y despedía algunos reflejos. Estaba apoyado cuidadosamente sobre un platillo. No pude encontrar ni fósforos ni candelabro. De nuevo saqué la vista por el cuarto. Desmayados aspectos de mobiliaje aparecían de entre la penumbra. La cama, muy grande estaba adornada con colgaduras. Más allá se veía una chimenea que parecía de mármol. Recordándome contra el toilette cerré y abrí varias veces los ojos, tratando de pensar. Todo era demasiado real para creerlo sueño. Llegué a imaginarme que había heredado la fortuna de Mr. Elvesham, que esta emocionante circunstancia me había producido una pasajera pérdida de memoria. Quisé esperar un poco, las cosas resultaban de nuevo claras para mí. Sin embargo, la cena de la noche anterior estaba aún fresca en mi memoria. El champagne, las miradas de los mozos y los licores — hubiera jurado que todo eso había sucedido horas ho-

ras antes. Y entonces ocurrió algo tan trivial, al mismo tiempo tan terrible, que todavía me estremento al recordarlo: hablé en voz alta, diciendo: ¿Cómo diablos habré entrado aquí? Y la voz no era la mía... No era la mía; era cascada, vieja, débil y para darme coraje toqué una de mis manos y palpé, solo pliegues de piel flácida y salientes óseas. Seguramente — dije con esa horrible voz que se había establecido en mi garganta — seguramente esto es un sueño. Casi inmediatamente llevé los dedos a la boca... mis dientes habían desaparecido. Sólo encontré onchas arrugadas. Sentí entonces un desesperado deseo de verme a mí mismo para conocer de una vez, en todo su horror, el espantoso cambio que había sufrido. Fui hacia la estufa, en busca de fósforos. Al hacerlo, me acometió un acceso de tos y apreté el grueso camión de franela contra mi cuerpo. No encontré fósforos y noté que mis extremidades estaban muy frías. Estornudando y to-



siendo, me volví a la cama, repitiéndome que todo eso era un sueño y que pronto despertaría joven y fuerte como antes. Cerré los ojos y respiré profundamente, esperando dormir. Pero no pude. Estaba cada vez más convencido de que el cambio operado en mí era real. Yo era de verdad, súbitamente, un hombre viejo. En alguna forma inexplicable había pegado un salto de la juventud a la ancianidad y me hallaba privado de lo mejor de mi vida, del amor, de la lucha, de la fuerza, de la esperanza. Por último, reconociendo que todo esfuerzo por dormir sería inútil, me incorporé en el lecho. Por la ventana se filtraba la claridad del amanecer. Una caja de fósforos apoyada en una repisa, se hizo visible. Salté de la cama, me apoderé de ellos y encendí la vela. Temblando la acerqué al espejo... y ¡la cara de Elvesham! El hecho de que yo casi esperaba esto no disminuyó el indescriptible terror que se apoderó de mí. Siempre me pareció que Elvesham un viejecito físicamente débil y lastimoso; pero al verlo ahora vestido en un grueso camión de franela que dejaba al descubierto el descarnado cuello, no puedo describir lo desolador de su decrepitud. Las mejillas hundidas, los ralos mechones de sucio cabello blanco, los temblorosos labios y esas horribles onchas... Vosotros, cuyas mentes van envejeciendo a la par de vuestros cuerpos, no podéis imaginaros lo terrible que era para mí, mentalmente joven, estar aprisionado en esa vaciante ruina de cuerpo humano. Se me ocurrió pensar que, desde el momento en que yo estaba en Elvesham, él habría tomado posesión de mi cuerpo, de mis fuerzas, de mi futuro. Pero, ¿cómo probarlo? ¿Era yo realmente Elvesham y el yo? Existía alguien que se llamara Eden? Pero si yo era Elvesham, debería recordar el nombre del pueblo en el que vivía y lo que había sucedido antes de que comenzara el sueño. ¡Esto es loco! — grité con la odiosa voz.

Desesperado metí la cabeza en una palangana llena de agua fría y luego me sequé y probé otra vez. Fue inútil. Yo sentía, fuera de toda duda, que era Eden, no Elvesham; pero Eden en el cuerpo de Elvesham. Comencé a vestirme ansiosamente con las ropas que recogí del piso y sólo cuando terminé la tarea me di cuenta de que me había puesto un traje de etiqueta. Abrí el guardarropa y encontré algunos antiguos trajes más ordinarios. Me vestí con uno de ellos y entonces con paso vacilante, me dirigí hacia el pasillo. Serían más o menos las seis menos cuarto. La casa estaba silenciosa y con todos los postigos cerrados aún. El pasillo era muy espacioso. Una ancha alfombra de escalera descendía hasta el lujoso living-room y delante de mí había una puerta entreabierta que permitía ver un escritorio, una biblioteca y una gran colección de libros ordenados cuidadosamente. Mi estudio — murmuré y al sonido de mi voz me asaltó cierto bienestar. Volví al dormitorio y me puse la dentadura postiza con gran facilidad. Así es mejor — dije — y volví al estudio.

Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave y la cortina superior también. No vi ninguna indicación acerca de las llaves y no encontré, tampoco, ninguna en los bolsillos de mis pantalones. Otra vez fui al dormitorio y registré cuanto topa hallé. No había llaves, ni monedas, ni papeles, a excepción de la lista del restaurant de la noche anterior. Me senté, contemplando las ropas oscuras que yacían allí con los bolsillos vueltos hacia afuera. La inteligencia de los planes de mi enemigo, me

parecía cada vez mayor y comencé a comprender lo desesperante de mi situación. Con un esfuerzo me levanté y me dirigí de nuevo al estudio. En la escalera había una doncella ocupada en abrir los postigos. Se sobresaltó al ver mi expresión. Cerré la puerta detrás de mí y, enarbolando un atrizador, la empujé a golpes contra el escritorio. Así me encontraron los sirvientes. La cubierta del escritorio quedó llena de rajaduras, la cerradura aplastada y las cartas desmenuzadas sobre la alfombra. En medio de mi señal furor, había destrozado todos los objetos que encontré a mi paso. No encontré ni talonario de cheques, ni dinero, ni la más pequeña indicación de como debería proceder para recobrar mi cuerpo. Esta es la historia de mi transformación. Nadie me creará. Me tratan como a un demente y como a tal me tienen bajo vigilancia estrecha. Pero yo soy cuerdo, a b o l u t a m e n t e cuerdo. Soy un hombre joven encerrado en un cuerpo viejo. Naturalmente que parezco loco a los que no me creen. Naturalmente que no sé los nombres de mis secretarios y de los doctores que viene a verme así como tampoco los de los sirvientes ni los de los vecinos ni el del pueblo en que me encuentro. Naturalmente que lloro y grito y tengo paroxismos de desesperación. No tengo ni dinero ni talonario de cheques. El banco no reconocerá mi firma pues, aunque mis músculos están débiles, mi letra es aún la de Eden. Además, parece que en este pueblo no hay banco y que tengo cuenta en alguno de Londres. ¡Oh, dos días antes yo era un joven lleno de salud, con toda una vida por delante! Ahora soy un viejo furioso, desesperado, infeliz, temido y evitado por todo el mundo. Y en Londres estará Elvesham, comenzando otra vez la vida en el cuerpo viejo que me ha robado. No comprendo bien qué es lo que ha sucedido. Hay en el estudio muchos volúmenes que se refieren principalmente a la psicología del recuerdo y otros que contienen cifras y cálculos en

forma de raros signos que nada significan para mí. Yo creo que él ha transferido a mi cerebro toda la acumulación de recuerdos que contenía su mente gastada y vice-versa. Pero el medio por el cual ha sido hecho ese cambio, está fuera de mi comprensión.

Estoy por realizar mi último y desesperado intento. Esta mañana, con el auxilio de un cuchillo que pude sustraer durante el desayuno, conseguí forzar la cerradura de un cajoncito secreto de este escritorio. No descubrí nada, a excepción de un frasquito de vidrio verde en cuyo rótulo estaba escrita esta sola palabra: Liberación. Debe contener, probablemente, veneno. Si no hubiera estado tan cuidadosamente escondido, hubiera creído que Elvesham lo había puesto a mi alcance para desahogarse el único testigo que podría haber en su contra. Ahora él vivirá en mi cuerpo hasta que éste envejezca y luego, dejándolo a un lado, se apoderará de la juventud y de la fuerza de otra víctima. ¿Desde cuándo viene saltando de un cuerpo a otro? Pero estoy cansado de escribir. Parece que el polvo se disuelve en el agua... y el gusto no es desagradable.

Aquí termina el relato que se encontró sobre el escritorio de Mr. Elvesham. Su cadáver fue hallado entre el escritorio y la silla. La historia estaba escrita con lápiz y la escritura se diferenciaba radicalmente de la de Mr. Elvesham. Indiscutiblemente, existió alguna conexión entre Eden y Elvesham, pues la propiedad del último había sido transferida al joven, aunque éste nunca heredó. Cuando Elvesham se suicidó, Eden, ¡cosa extraña! ya estaba muerto. Veinticuatro horas antes, en la intersección de Gower Street y Euston Road, fue atropellado por un coche, lo que le produjo la muerte instantánea. De modo que el único ser humano que podría haber arrojado luz sobre este fantástico relato, está fuera del alcance de cualquier pregunta. Sin otro comentario, abandono este extraordinario caso al juicio del lector.

★ Secretos del Hundimiento del Lusitania ★

El 30 de abril de 1915, el comandante superior de la flota alemana que tenía su base en Emden, recibió la orden siguiente: "Transportes de tropas británicas van a salir de Liverpool, del canal de Bristol, y de Dartmouth. El U-20 y el U-27 partirán inmediatamente para atacarlos". En seguida partieron los submarinos designados. El U-20 estaba comandado por el teniente de navío Schiewer, uno de los mejores técnicos de la marina imperial. A toda marcha el U-20 alcanzó su puesto de vigilancia. Después de haber hecho la vuelta de Escocia forzando el bloqueo inglés, llegó delante de Liverpool y comenzó su obra de muerte, dejando sobre su estela los cadáveres de los navíos torpedeados.



El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

Pero al margen de una Alemania transformada por un delirio imposible de imaginar, la Europa gruñía su cólera. América levantaba su voz en nombre de la civilización y el derecho. Al otro lado del Atlántico la opinión había sido ya conquistada a favor de la guerra contra los Hunos. Los muertos del Lusitania, los 1198 cadáveres errantes entre dos aguas, se tornaban un símbolo. La imaginación popular los mostraba emergiendo de las olas, con la boca crujida en un grito final de desesperación, de cual se hacía un llamado a la venganza.

Bien pronto los muertos pasaron a segundo plano. Inglaterra siente que su oro se va y junto con su oro su crédito. Todo lo que navega bajo el pabellón británico está condenado a irse al fondo del mar. Los armadores y aseguradores norteamericanos ya no quieren saber de nada. Es preciso forzarles la voluntad. Es preciso obligarles a creer que la guerra submarina no es nada, que las rutas marítimas son seguras, que Falkland ha hecho olvidar el desastre de Coronel.

Esta confianza que los torpedos han destruido en Europa, es preciso crearla en América. El "Intelligence Service" entra en escena con sus mejores agentes. Se desliza por todas partes, hasta el "Servicio Secreto" de Washington, que organiza y dirige a veces en previsión de la entrada a la guerra de los Estados Unidos. La prensa comienza su trabajo de zapa. Los ciudadanos americanos se dejan convencer poco a poco. Por otra parte hay en América proveedores poderosos que ven sus mercaderías pudrirse en los muelles, delante de los barcos que el miedo retiene. Son esos mismos negociantes que más tarde, comprendiendo que las demandas se hacen raras y que sería más lucrativo el equipar un nuevo ejército para echar abajo los obuses, decidirán la entrada a la guerra de los Estados Unidos. Y llega la hora de dar un gran golpe de efecto.

El Lusitania está en rada. Este paquete es el orgullo de la marina mercante de la Gran Bretaña. Es nuevo aún y ha sido concebido de tal manera que de la mañana a la noche puede ser convertido en crucero auxiliar. El 12 de agosto de 1914, el Almirantazgo lo ha requisado para preparar a descomponer su rol de navío de guerra. Pero mientras tanto, el Almirantazgo ha podido aprovechar la experiencia tentada por Alemania para armar sus buques mercantes. El Lusitania, gran consumidor de carbón, blanco notable, no es capaz de volverse corsario. El "Kaiser Wilhelm der Grosse" ha fracasado. Así que el Almirantazgo británico ha renunciado a su proyecto. El 11 de septiembre de 1914 el Lusitania fué devuelto a su primitivo destino. Es por esto que el paquete está en New York, en los primeros días de mayo, listo a zarpar para Inglaterra.

Desde hace 30 minutos, el U-20 deja venir sobre él al Lusitania. Schiewer, paciente e esperanzado, espera el momento favorable. Está tranquilo, como en los simples simulacros. No sabe el mal que va a hacer. Su misión es enviar al fondo del mar todo lo que ostente pabellón enemigo. El Lusitania luce pabellón británico. Debe morir. La marina inglesa contará con una unidad menos. Una unidad que podía transportar al Canadá a Europa cerca de 20.000 soldados por mes. La guerra, si se admite, debe ser inexorable. Schiewer piensa así. Así piensa, igualmente el Almirantazgo británico que por orden secreta del 15 de mayo de 1915 ordenará a los navíos de comercio el utilizar falsos pabellones, y creará los barcos-trampa (la flota Q), que no son un arma más leal que los submarinos.

En el periscopio, el Lusitania se agranda. Sigue, sin desviarse un grado de su ruta, sin forzar su marcha. Para Schiewer esto no es nada, sino un simple acecho. La presa viene por sí misma. El torpedo G. está listo en el tubo de salida, regulado a tres metros de inmersión. Golpe de periscopio. El Lusitania se destaca muy neta sobre el mar en calma. La distancia decrece: 1.500, 1.200, 1.000 metros. Incidencia: 90°. Distancia: 700 metros... Fuego...

Tanta imprudencia, tantas circunstancias extrañas, tantos errores puramente técnicos y por tanto inadmisibles, aclaran un poco la verdad y acusan. El drama ya lo ha reconstruido a fuerza de documentos. Han sido necesarios años para que los archivos revelaran su secreto. M. Field Malone, control general del puerto de New York, en mayo de 1915 elevó su informe a Washington, denunciando el embarque de municiones a bordo de un barco que transportaba pasajeros. Los acuerdos internacionales que regulan el tráfico marítimo en tiempo de guerra prohíben estos embarques. Un senador americano, que no se puede acusar de germanófilo, La Follette, pidió que ese informe fuera sometido al Senado y hecho público. Fué insultado, befoado y expulsado de la asamblea. El mundo debía ignorar que las cláusulas y los tratados habían sido violados, y lo ignoró.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schiewer que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



FOR JEAN FEUGA
Instrucción de Pasos: 6/10

Schopenhauer en Bs. Aires

ARTURO SCHOPENHAUER —talento máximo, genio minino— llegó a Buenos Aires una de esas tardes "lindinenses" que frecuentemente nos visitan. Schopenhauer, atrozmente desmelenado, frunció el ceño. Había imaginado llegar a un puerto absurdo, desordenado y multicolor, y se hallaba diluido en la niebla espesa y malsana de una segunda Inglaterra.

El ceño de Schopenhauer se ahondó espantosamente ante la complicada concepción de Zocchi; y la profunda arruga vertical que henda su frente, quedó seccionada por otros no menos profundos cortes horizontales al observar el "rollo" que, a manera de partitura musical, el almirante sostenía en sus manos.

Schopenhauer comenzaba a no comprender. No comprendió a Nueva York y ahora no comprendía a Buenos Aires. Las ideas se desordenaron en el cerebro del filósofo.

Como era pensador y era pobre y había escrito muy sinceramente su mundo "como representación y como voluntad", no fué a hospedarse al "Plaza" al "City" o al "Nogaró", fuése, mejor dicho, fué llevado a un hotel de vejestimio orden, precisamente el mismo en que viviera Charles de Soussens: "El Internacional". La muestra se le antojó un poco comunista y un tanto juicada; mas como lo atendió un limpio portero de rancia estirpe coruñesa, paucamente rasurado, su terrible ceño comenzó a desarrugarse.

La habitación le resultó a la medida de su humildad. Depositaron en ella sus escasos bártulos, casi tantos como los del griego Bias, y el filósofo, tras un rápido baño, sin cuidarse para nada de ordenar un poco la maraña virgen de sus cabellos hirsutos, se echó a la calle. Por la calle Irigoyen llegó a la Avenida de Mayo, proveyóse de una guía custodiada en el primer quiosco y se dirigió al Congreso. Era ya noche, pues la motonave que lo trajo de Hamburgo había atracado al atardecer.

En aquellos instantes Schopenhauer era feliz. Su felicidad provenía de que nadie le molestaba, por la óptima razón de que había sabido guarecerse de un incógnito de verdad, no en ese incógnito principesco que se anuncia en la prensa mundial. Estaba jugando una mala pasada a la Argentina; él, el gran pesimista, era un desconocido en la primera ciudad de América latina. Y Schopenhauer sonreía maliciosamente para sus adentros, gozando como una "cratura" traviesa de esta inocente vanidad.

El filósofo pasó frente a CRITICA, fingiendo las maquinarias junto a otros curiosos, y su interior sonrisa se exteriorizó levemente. Desembocó después en la explanada de la plaza del Congreso, la que atravesó siguiendo idealmente la recta de la Avenida; detúvose junto al monumento que resta eficaz a la perspectiva del Palacio Legislativo, pero sólo por breves instantes. Aquello no pareció llamarle la atención mucho ni poco. Con andar torpe y desmanado, cortó hacia las espaldas del "Molino" y siguió por Rivadavia, deteniéndose ante los absurdos escaparates. Tan despacio caminaba que empleó una hora larga en llegar al Once. Consultó su guía y se adentró en la plaza. Allí desaparecieron sus sonrisas, la interior y la externa, y refunfuñó algo imposible de reproducir acerca del pedregullo indecente que lastimaba sus delicados pies, pues todos sabemos que, a cerebro poderoso corresponden frágiles extremidades (en una entidad "le penseur" de Rodin, es perfectamente milológico). Dio enteramente la vuelta al monumento del "más gran hombre civil", estacionándose largo rato ante el moisés. Schopenhauer se olvidó del dolor de sus pies, y, por milagro del artista que había en él, sintió que se dulcificaba su crudo y agrio antipatismo.

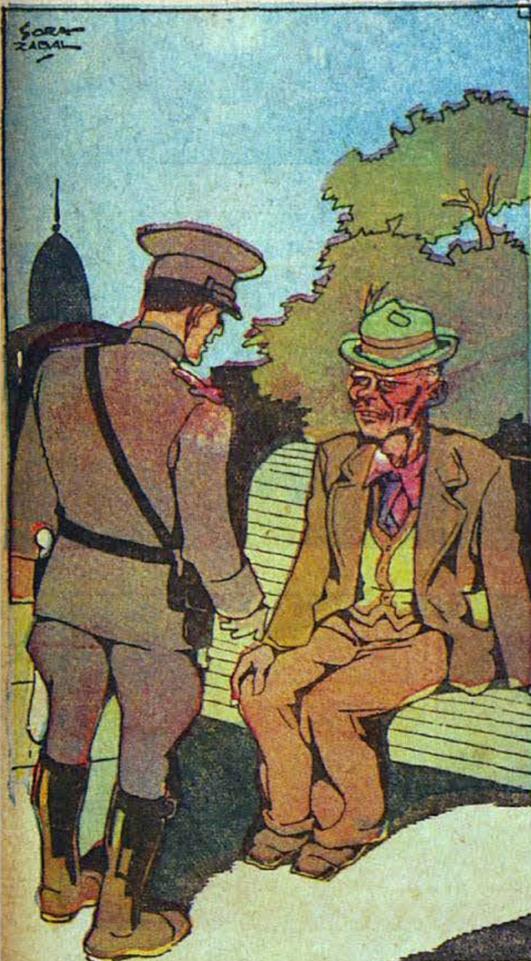
Rumliando ideas, emprendió pausadamente el regreso. Tan abstraído iba que olvidó la hostilidad de la granza granítica para con sus pies deformes y le-erados. Sentóse en un bar de Rivadavia, pidió agua mineral y unos "sandwiches". Cuando hubo satisfecho su hambre de filósofo, sacó una libreta de apuntes y volcó en ella sus impresiones. No se fiaba nunca de su memoria.

Iba para la medianoche cuando prosiguió su camino, muy lentamente. Caminaba como olvidado de sí mismo, envuelto en el aire denso, húmedo y frío. Sin duda añoraba su Alemania y hacía comparaciones, deteniéndose inconscientemente de trecho en trecho. Así llegó de nuevo a la plaza del Congreso. Estaba algo fatigado y se sentó en un banco a descansar. El fresco nocturno se intensificaba y levantó el cuello de su saco. Quitóse el hombro y dejó que el leve vientecillo orease sus gudejas, duras e indisciplinadas.

Schopenhauer estaba obsesionado. Aquel Moisés de Iurtia sugería una doctrina nueva al pensador; si, todo un sistema filosófico había determinado el artista, quizá sin vislumbrar su alcance, en los estrechos límites de aquel bronce viviente. Moisés, el otro, el de la tierra prometida al pueblo errante, acababa de ser entendido definitivamente en el alma del filósofo. Un sentido recién dicho de la libertad y de la justicia se le había ofrecido a pocas horas de su llegada en el desamparo de la plaza Once. Y Schopenhauer rumiaba ideas, aprehendiendo posibilidades para su próxima "Introducción al tratado de la libertad y de la justicia", obra que sería definitiva, opuesta a toda su anterior ideología, optimista, creyente, ávida de confianza en una humanidad mejor, "mensajera de una más vasta vida". Y el autor de "La sabiduría en la vida", sonreía, fúgiles los dedos entre los sobornables cabellos, poseído de una alegría incontaminada como la de un niño, vislumbrando allá, en su luminoso subconsciente, la posibilidad cierta de traspasar la sutilísima línea que separa el talento del genio.

—¡Aquí no se puede dormir!
La voz agria, imperiosa, involucionada, hurtó al filósofo de su meditación. Arrancado así de golpe, brutalmente, a su mundo, sir Arturo se quedó mirando al polizonte que tenía delante, con esa expresión atónita y ausente de quien no comprende bien.

—La voz, autoritaria y destemplada, prosiguió:
—¿Tiene documentos?



Schopenhauer, tras minuciosa búsqueda, sacó una voluminosa cartera y de ella un papel. En castellano correcto, pero que acababa a mil leguas su origen leonés, entregó su pasaporte, diciendo: —He llegado de Europa por la tarde. Ayer por la tarde — agregó observando la hora.

—No tiene cédula?, inquirió el policía, como si aquel pasaporte le quemase las manos.

Y, ante el caso dubitativo del filósofo:

—¿Adónde vive?

—En un hotel... un hotel de la calle Méjico...

—¿Hum!, refunfuñó el representante de la autoridad. ¿Qué hace aquí a esta hora?

—Descanso... respondo candorosamente Schopenhauer. Vengo de contemplar a Moisés en el Once, al grande, al verdadero Moisés...

El agente abrió enormes los ojos azorados.

—¿Moisés! ¿En el Once?...

Y, sacudiendo significativamente la cabeza, silabeó las inmortales palabras:

—No tiene documentos... Ha visto a Moisés... Usted va a tener que acompañarme...

—¿Acompañarme!, exclamó estupefacto el filósofo. ¿Para qué? ¿Adónde?

—A la comisaría, pues. Allí le van a explicar. ¿En qué trabaja?, agregó.

Una orgullosa lumbré fulguró en los ojos del pensador.

—Soy filósofo —repitió como el griego antiguo— soy Arturo Schopenhauer.

—Le pregunto en qué "labura", insistió la bestia uniformada. Esta vez, Schopenhauer no entendió. El agente agregó:

—Voy a "palparle" de armas.

Y se puso a manosearlo con ese cinismo que es patrimonio de ciertas mujeres y de la policía.

Pero Schopenhauer no estaba para bromas. En un segundo olvidó todos los sistemas filosóficos, incluso los por él formulados. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué absurdo payaso osaba poner sus manos sobre él, indagar su anatomía, rebusar en su hopalanda repleta de papeles, como si él, Arturo Schopenhauer, fuese una cosa muerta en una mesa de anfiteatro?

—¡Perro inmundal!, gritó encongecido. Voy a enseñarte a respetar la filosofía y sus representantes.

Y, asiendo al policía por el cuello lo sacudió vigorosamente. Este se desprendió como pudo, tocó el pito, que sonó como la trompa de Rolando en Roncesvalles, y abrazado de nuevo por sir Arturo, ambos rodaron por el suelo, forcejeando como energúmenos, sin que ninguno de los dos pareciera tener la más mínima idea de la táctica del luchador. Schopenhauer logró apoderarse del bastón del aterrorizado agente, y lo vapuleó vigorosamente, hasta que la intervención de otros policías, atraídos por la angustiosa pitada, puso fin a la jocosa contienda.

Tanto el filósofo como su contrincante, sucios, arañados, jadeantes, ofrecían un aspecto verdaderamente grotesco y lamentable. ¿Quién hubiera podido reconocer al penegrista de la piedad en aquel hombre enfurecido, que se debatía espasmodado, con los ojos inyectados en sangre y que obsequiaba al descansado agente con los más indiscretos calificativos de la lengua germana?

¡Infeliz Schopenhauer! He ahí los inconvenientes del incógnito: verse conducido como un temible delincuente, él, el ilustre filósofo, entre dos policías; refresco, un cabo que cerraba la marcha y doce o quince transnochadores viciosos que gozaban en el gratuito espectáculo! ¿Para esto, para bracear como un golfo con el policía indecente, se había alejado de su ordenada Alemania, de su solícita ama de llaves, del rubio vino del Rhin!...

—Y ahora los "pulos" —monológuó el periodista mal informado, secundando la frente sudorosa. ¿Qué bomba!

Escribió: UN GRAN FILÓSOFO EN DESGRACIA. SCHOPENHAUER ESTA PRESO EN BUENOS AIRES. URGE UNA AMPLIA INVESTIGACION.

Así intitulada su "noticia bomba", voló hacia CRITICA. No eran todavía las siete de la mañana cuando llegó. Su jefe no estaba todavía. Rendido, pero satisfecho, dejó su artículo bajo sobre, en el que escribió en letras rojas y grandes: URGENTE. Hecho lo cual, regresó a su habitación y durmióse a pierna suelta.

Y aquí concluimos por donde debimos comenzar. Alejo, el reportero de marras, acababa de llegar de la capital carioca, donde fuera a festejar una "acertada" a la quiniela. De regreso, observó al extraño personaje, que viajaba en su misma categoría, tan semejante a alguien que él recordaba sin poder precisar de dónde. El fuerte de nuestro reportero no fué nunca la filosofía; mas, como preguntando se va a Roma, pronto averiguó que se llamaba Arturo Schopenhauer. Sacó su libretita enciclopédica, donde tenía anotados los nombres de las celebridades y las obras principales que habían escrito. Se informó y dió un salto. Al desembarcar, no perdió un segundo de vista a Schopenhauer, pero lo fué siguiendo de lejos. De ninguna manera quería que el pensador se hiciera cargo de que era seguido. De tal modo, los solloquios del filósofo, el diálogo con la policía, todo en fin, excepto la pelea con el agente, fué en el relato que antecede, limpiamente producto de la imaginación del periodista.

Júzguese de su asombro, cuando por la tarde, al levantarse apresuradamente para saborear su triunfo, no halló su artículo en las columnas de CRITICA. Desesperado buscó hasta entre "os avisos"; y, por fin, perdida entre el farrago de noticias policiales, leyó estas escuetas líneas: "Un hombre, que tiene, al parecer, las facultades mentales alteradas, acreditó esta mañana a un agente en la plaza del Congreso, quien le indicara que no estaba permitido dormir en los bancos. El presunto demente se halla alojado en un calabozo de la comisaría sexta. Dice llamarse Arturo Schopenhauer, aunque desde luego, nada tiene que ver con el ilustre filósofo desaparecido hace años".

Alejo se quedó alelado. ¡Schopenhauer estaba muerto! "¿Tablaca!"

Sólo pudo librarse de una cesantía fulgurante el hecho de que su jefe director, fugaz apañadino de la suerte, había tenido, como él, un pálpito afortunado...

ENRIQUE PUGA SABATE
ILUSTRACION DE SORAZABAL

La Rara Vida de Mercurio

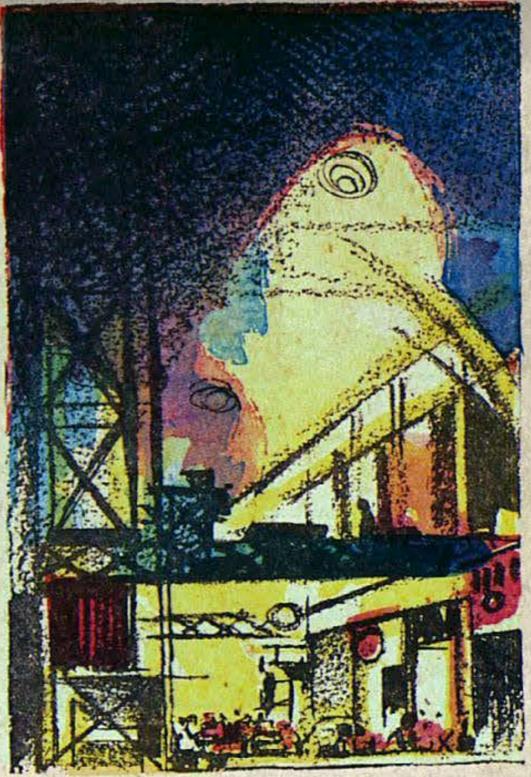
¿QUIEN va a imaginar, que a poca distancia de nosotros, hay mundos —Mercurio ya es uno de ellos— que presentan hoy nuestra vida de mañana, nuestra nueva faz de civilización, nada envidiable por cierto, que nos espera a la vuelta de la esquina, es decir, en un día muy próximo, del que ya vislumbramos atontados los primeros albores?

¡Necede envidiable, hemos dicho! No se precisa ser gran observador para preverlo; antes bien, podemos decir que ha principiado. En Europa empiezan a ser realidad las calles subterráneas. ¿Sabéis lo que significa eso? Deteneos un momento en reflexión. La habitación del hombre, es decir, nuestras ciudades de hoy, están formadas por casas, palacios, edificios varios, más o menos magníficos. Esos bienes inmuebles, orgullo y riqueza de una civilización milenaria, van a perder todo valor mañana, por un motivo bien sencillo, que sin embargo nadie atreva a ser el primero en reconocer y en encarar. Este motivo es, por singular ironía, una triunfal y fatigosa conquista: el dominio del aire.

Hombres de alta autoridad, que ven lejos y claro en lo futuro, ya han pintado lo que será la inexorable realidad de una guerra —guerra esencialmente aérea— a partir de ahora; vale decir, la vida de superficie de un entero país reducida a espantosa ruina y escombros humeantes; la catástrofe de la Martínica reproducida artificialmente con infernal arte y eficiencia, fierro, gas, fuego; todo aplanado. El tiempo pasa pronto. ¡Vuelta a construir, tarde o temprano! Vuelta a arrasar, tarde o temprano. Después de cierto tiempo nadie más, ni casas ni hombres, nadie más se sentirá seguro sobre el suelo, e instintivamente se buscará el subsuelo. El reino de la inseguridad, de la zozobra, de la intranquilidad, la vida de superficie, va a acabar fatalmente, por fuerza de las cosas, como por fuerza de gravedad cae del árbol la fruta madura. Diciase, pues, que los hados hayan decretado que a la conquista de los libres espacios, a la conquista del cielo por el hombre deba corresponder una simétrica conquista de la tierra, de las entrañas de la tierra. ¡Veneración par arriba! Y entonces penetración para abajo. Los vértigos de la altura? Y los vértigos de la profundidad. Junto con el reino de Urano, se desvanescara el de Plutón. Golpe de escena.

El hábitat del hombre ha cambiado de lugar. Ha bajado. Ya no hay sol, sino luz eléctrica, y otras nuevas luces artificiales, pues los descubrimientos no paran. Máquinas, inventos, adelantos, pero bajo tierra. El reino de los topes perfeccionado; tal será fatalmente la vida de mañana; el pleno dominio del aire, y desde allí la facilidad increíble de ofensa y destrucción de todo lo que este debate, harán primero insegura, y luego imposible toda vida de superficie, siempre a total merced, en cualquier momento, de la última cafetera que se eleve a surcar el aire. Llegará el momento en que se plantee el dilema de la desesperación: "O desocupar el aire, o desocupar el suelo". Y como hoy día lo primero es ya moralmente imposible, y lo será más y más, lo que se va a verificar es lo segundo. Como si lo estáramos viendo.

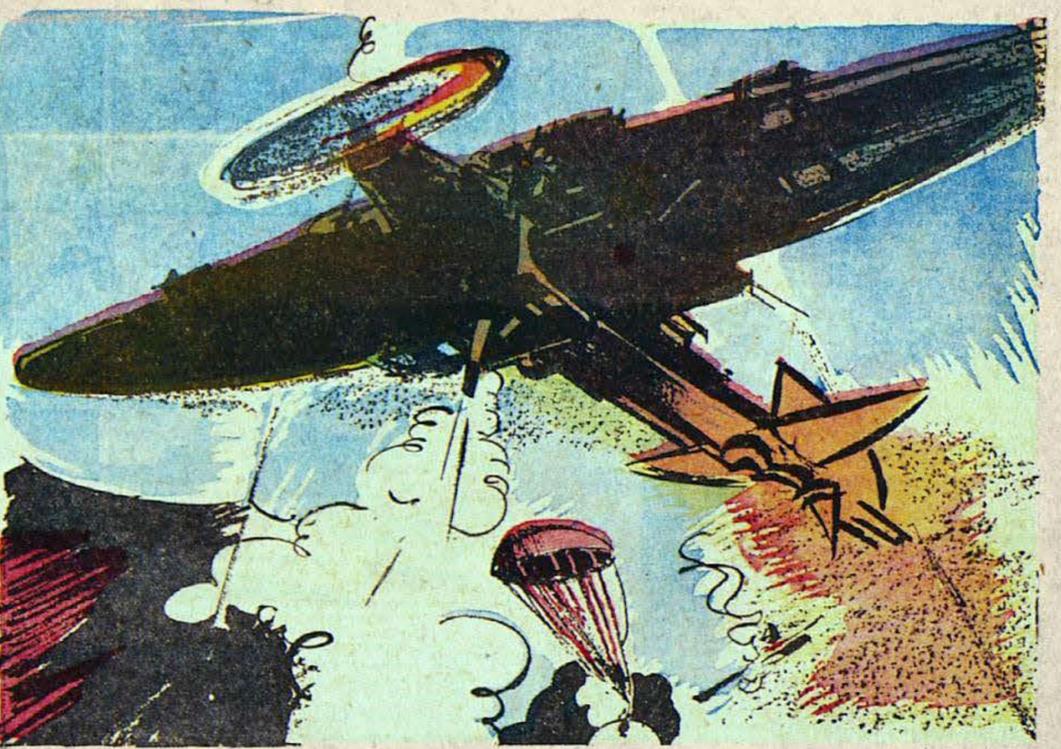
De la vida subterránea de Mercurio hablaremos en su lugar. Ante todo veamos su situación en el espacio, y en relación a la hornalla solar. El mundo de Mercurio es un verdadero suburbio del Sol. Se halla constantemente como pegado al Sol, y da vuelta alrededor de él como uno de esos bichos alados que giran enloquecidos alrededor de la llama, hasta caerle adentro. La imagen de Mercurio evoca esa locura de toda bestia con alas, locura irresistible hacia el intenso resplandor, hacia la luz que es como la esencia misma de la creación. Alrededor de los islotes con faro, el mar está sembrado de cadáveres de pájaros que, pese a sus alas poderosas como toda ala de pájaro marino, han caído rendidos, fulminados de fatiga, ¿por qué?, por la



rrera de Mercurio hace que su giro entero alrededor del Sol, que para nosotros no requiere menos de 365 días, acabe en 88 días. Como Mercurio es, más bien que un astro, un apéndice, un suburbio del Sol, es natural que esté casi siempre perdido en la inmensa irradiación luminosa del grande astro del día; pero cuando éste se pone, e inmediatamente después, o cuando se levanta, e inmediatamente antes, es posible ver a simple vista a Mercurio, como ahora, pues su separación aparente del Sol, o sea su elongación a la puesta de éste, es ahora la más grande de todo el año 1933.

Con más suerte que Copérnico, la vista de Mercurio en las épocas propicias nos resulta relativamente fácil. Hay que tener presente que Copérnico no tenía anteojos; pues con estos es posible ver a Mercurio en pleno día, cuando el Sol está alto en el cielo. Y en pleno día lo estudian los astrónomos, que ocultos bajo la cúpula de su observatorio pueden enfocarlo en cualquier momento. Verdad es que la observación telescópica de Mercurio no se puede hacer sino con grandes dificultades; sí embargo algo se ha sacado de ella. Con pertinacia heroica, Schiaparelli logró reunir a través de muchas y penosas observaciones un conjunto de manchas, conjunto muy modesto a decir verdad, que se parece a una E mayúscula.

Cosa curiosa: En la Luna se encuentran parecidos humanos, y en los planetas parecidos alfabéticos. En Venus se puede vislumbrar cerca del cuerno austral algo parecido a una F; el mapa de Mercurio se parece a una E con varios accesorios y en Marte se pueden ver a veces con grande evidencia una gigantesca V en la Sirtis Mayor, o una O en Elisium, u otra O alrededor de Hellas. Júpiter y Saturno se presentan trajesados a rayas como los presidiarios de Ushuaia; Urano y Neptuno tienen manchas indefinidas, y Plutón está a tan inmensa distan-



insensata, inexplicable necesidad que tuvieron de correr, de perseguir perdidamente el haz de luz proyectado kilométricamente, sobre las negras aguas, en la negra noche, por el faro giratorio, haz de luz al que naturalmente la distancia más y más grande imprimía una velocidad espantosa, superior a todas las fuerzas de los pobres volátiles que sin embargo no cejaban hasta caerse muertos.

La velocidad con que Mercurio gira alrededor del Sol es algo fantástico. Es cuarenta y ocho veces superior a la velocidad de una bala de cañón; del cañón más poderoso, el del proyectil cuya velocidad inicial sea de un kilómetro cada segundo, Mercurio recorre 48 kilómetros por segundo. Pero ¿cómo es posible que siendo animado de tan vertiginosa velocidad Mercurio se nos aparezca inmóvil? Este enigma en apariencia inexplicable puede ser resuelto fácil y llanamente con un razonamiento muy sencillo. La lanceta más larga, el minutero de mi reloj recorre toda la circunferencia en una hora. Sin embargo, si se mira en cualquier momento al minutero, éste aparece inmóvil. Supongamos ahora un reloj igual de aspecto, pero inmensamente más grande, es decir, que tenga, en lugar de una circunferencia de diez o doce centímetros, una circunferencia de tres mil seiscientos millones de kilómetros; ya que estamos en camino, hagamos las cosas en grande. Esa circunferencia (3.600.000.000 kilómetros en lugar de 10 centímetros) es recorrida por el minutero en una hora. Del mismo modo que en el ejemplo anterior, el minutero en cualquier momento que sea mirado aparecerá inmóvil, justamente mientras está marchando a la tremenda velocidad de un millón de kilómetros por segundo, pues justamente 3.600 (tres mil seiscientos) segundos tiene una hora.

cia de nosotros que lo vemos en los más poderosos telescopios no más que como un punto luminoso, y gracias. Los materiales de que está formado el globo de Mercurio son los más densos de todo el sistema solar.

Huelga decir que, hallándose Mercurio a tan poca distancia del Sol, sus habitantes, si los hay, deben tener mucho parecido con la salamandra de la leyenda, que vivía en el fuego. Si es verdad que el infierno es el mundo del fuego, con toda seguridad que ese mundo es Mercurio. Pues cuando nos llegue el turno y Minos nos lance al gran castigo encontraremos allá a muchos conocidos. Razón de más para que aumente el interés para aquel mundo extraño y las raras condiciones de vida en él.

Las configuraciones del suelo de Mercurio a que hemos aludido más arriba, observadas tenazmente durante mucho tiempo, han revelado una cosa muy curiosa: Mercurio da vuelta alrededor del Sol presentándole siempre la misma cara. Es decir, que la mitad del globo de Mercurio está constantemente inmundada de sol y que mantiene en toda la superficie una temperatura de hornalla, al paso que la otra mitad está eternamente sumergida en la obscuridad y por consiguiente sitiada por el frío del "cero absoluto" que es el frío de los espacios interplanetarios.

En ambos casos la vida no puede aguantar a la superficie del planeta y tiene que refugiarse en el subsuelo. Sólo allí puede sustraerse a la devastación general, a la destrucción de la superficie. Ello nos recuerda incidentalmente que en la catástrofe volcánica de la Martínica, en toda la destrucción por el fuego de la ciudad de Saint Pierre hasta ras del suelo, una sola persona quedó con vida porque en aquel momento estaba encerrada en un calabozo subterráneo. Era un negro, condenado a muerte, que fue libertado e inadulado. El capricho del inexorable acaso quiso que la única persona que estaba segura de la muerte sobreviviera a las que, a unos cuantos metros arriba de su cabeza, estaban seguras de la vida.

por
SAGITARIO
ILUSTRACION DE PAPPAGOLI

Vida Pintoresca de Rafael «El Divino Calvo»

¿QUE sucedía en la madrileña calle de la Greda aquella tarde de julio de 1882? ¿Por qué tanto alboroto?... Pues no era "na" el contestamiento. Había "salido" con la mujer de Fernando Gómez el "gallo", torero famosísimo en aquella época. Era el día de la Virgen del Carmen y a la juerguilla asistida de las calles vecinas las "debaba chequetiyas" el "aconestamiento" de la Greda. Un hijo del Gallo... Un hijo de la "Grabiela", de la gitana más "guena moza" de "toa" Sevilla... Un hijo y machazo! En aquella tarde del 16 de julio de 1882 vino al mundo para "orguyo" a la "tauramaquia" Rafael Gallo y Ortega, el "Gallo".

Comentaban frente a la casa los gitanos "gruenos".

—Pos será torero, "Resorvio"...
—Pos será hombre de ilustración "Renegao"...

—Pasaron los años y el hijo de Fernando y la "Grabiela" fué torero, "torero" como su padre, según la profecía del gitano "Renegao"...

Seis meses más tarde el señor Fernando el "Gallo" se "mercó una finquiya" en un pueblo "serquita" de Sevilla... Un pueblecillo andaluz blanco y alegre, Gelves... Allí se fueron con su "chaval pa que se faía deprendiera a conversa" como hijo de sevillanos... En Gelves creció el chiquillo y a los cinco años ya se atrevía a hacer desplantes taurinos, a los siete era el "mejor aficionado" entre los alumnos del colegio de "bago" al que concurría asiduamente, pues, según anticipó el "Resorvio", quería el señor Fernando hacer de su Rafaelyo un "señó cabá y de ilustración".



Supongo que tú habrás sentido de nombre a Julio Romero e Torres ca sío er pintó más seibre de la humanidad... Pbs a Julio Romero le acontesta lo mesmito que a mí. Muchas veces Julio, que era mi gran amigo, me yevaba con él a su estudio é pintó. Yo yegaba, me tendía en una tomana y orservaba a Julio. El se ponía su blusita blanca, tos churretosa de pintura, cogía la paleta y los pinceles y se daba unos pañitos po alrededor del tallé... Argunas veces se iba como un rayo hasta er lienso y comensaba a pintá y pintá horas y horas hasta que me desía: "Vete Rafaé, que tengo inspiración y no cargo de acé ni atao por los sevilles. Yo me najaba y allá se quedaba Julio pintando. Otras veces Julio se daba siete blancos paseos alrededor de la tela blanca y cada dos horas daba una pincelada senificante, una sola, y me desía: "Vamos pa la caye. No tengo hoy angó pa pintá"... Pero, tú sabes lo que valía aqueya pincelá?... ¡Pos miyones, ná más que miyones!

—Yo —sigue Rafael— he sío lo mesmito que Julio Romero. Ca uno en su arte... He sentido argunas tardes frente ar toro la ispiración y he acabao en una hora con to los toreros, naide se pué compará conmigo... Otras veces no he tenido ispiración y he salío corriendo, me he tirao ar cayejón de cubeta, he dao trescientas "españtás" y se han yevao er toro vivo pa los corrales... Pero, si en una tarde de fracaso jasia argo, era como una pincelá de Julio Romero, arte, arte puro... Se me ha discutío tanto como a la política, he saboreao los triunfos mayores a que pué aspirá un mortá, he salío de la plaza en hombros de la murtitá unas veces, en hombros hasta mi casa, gritándome aquellos miles de almas las palabras más delicias der dionario, y otras veces he salío de la plaza rodeao de guardias siviles las iras de la gente... Así he sío siempre... No fui jamás un torero vurgá, uno de esos que se euegan de las astas pá presumí de való y se van después pa el hospítal o ar sementerio. No, yo he sío y soy artista y nunca he pensao que sea arte el dejarse matar por un toro... Eso é suicidio... Lo mío es torero...

—También he tenido más cornas graves... No creas que to han sío flores... En Madrid me dió un cornalón un toro de Miura que fartó er canto de un duro pa morirme. Fué un desculo, argo parelo a lo que sucedió a mi hermano Joselito en Talavera, donde, por confiao, me lo mató un toro marrajo de la ganadería de Ortega... ¡Pobre Josel! ¡Qué torero enorme y de facturaci! Después tuve otras graves. Una horrible en er pecho me dió un toro en Argesiras, otra en Méjico, en fin, muchas... pa que digan los partidarios de otros toreros que er Gayo no ha sío castigao... Mira estas cicatrices... Cuenta... Contorcan cornas graves... ¡Qué querían los gruenos!... ¡Que me dejara matá pa darles complasencia!... Y es que muchos no pudieron aportá lo que ellos disen "er orguyo de Rafaé"... No es ná ha sío orguyo. Ha sío consensia de la profesión... Yo, por ejemplo, revivía en el despacho de mi casa en la Alameda, en Sevilla, un dibujo en colores que liso Roberto Domingo, que me reproducía en una tarde fatá: Mientras los mansos se yevaban mi toro ar corrá, yo lababa con tranquilidad la muleta. Eso era er cuadro... Otros toreros, también José mi hermano, ervivían cuadros de sus triunfos... Yo de mis fracasos, y a eso le desían "el orguyo de Rafaé"...

—Ya te he dicho que a mí se me discutía en to los torrenos, pero me contrafaban de toas las plazas y anunciá mi nombre en los cartelos era enyéná er síco taurino hasta er tejae... Una tarde, en Madrid, allá por el año 1908, vi salir por la puerta a los toriles un toro de Carhañá mu bien plantao y bravísimo. Yo me dije pa adentro de mi persona: "Amos, ká



RAFAEL GOMEZ (EL GALLO)

—¿Qué será er niño?...
—¿Qué quies tú que sea?...
Pos torero, como su pare...
—Oye, "Resorvio" — dice un gitano al otro — Tú no sabes ná... no estás introrisoao e las intimidades der matrimonio y no "chanelas" ná del asunto... Yo pueo hablá porque é sentío desí ar mismo pare... Fernando, que á su primogénito lo quí destina ná pa las dificultades de la ilustración y la cultura...
—Caya... asauron... no lo pongas ya no mbresitos ar "chaves"... ¡mira que decirle ni-morgénito!... ¡Te parece bonito nombre pa un torero?...
—No veis ustés!... Eso es la "noransia" que se que trae glá a la cultura... Lo de primogénito no quí disí un nombre determinao; así se yama en la sensia de los melicos ar "chavaliyo" que sale por delante...
—¿Osá!... Eso es buscarle dificultades a los consetos... Nosotros le juimos á la dificultad... Pero er "chavaliyo" será torero, torero como su pare...
—Allá vosotros... Er señó Fernando lo quí destina á doné en melicina, ó á inghiero, ó á procurao... Ya le han dao á él bastantes dolorsiyo los corraos pa que su hijo sea torero...
A los ocho años le "salía a Rafaé Gómez la afisión taurina po arriba é la sesera"... Una tarde se enfrentó con su padre y le dijo:
—Pare... Yo quiero a toré...
—¿Qué dices niño... atorea?... Esos son cosas pá los hombres... Tú ar colegio, á deprenda cultura... Ná de toro... ¡Tú has sío, Grabiela!... ¡A toré!... Te vi á dá un gorpe que se te va á quita la afisión pá los restos...
—Pare... insiste el niño... Yo quiero a toré... déjeme usté de complicaciones y de laboriosos... Yo quí sé torero como usté...
—¿Como yo?... Como yo no hay naide... Güeno, te voy a dividí la afisión. Toma este capotivo... Ahora voy a jase serrá en er corrá un beserrote y lo vas a toré alante é mí... Como no te arrires y hagas cu-sayas gñenas te voy a echá á r-dá po er mundo... ¡Ves esa ca-retrera!... Pos por ayí te vas a dí a buscá er cosido...
El señor Fernando llama a un "apera" de... Le da órdenes...
—Asucha, Manué... Er niño quí quer torero y me tís que demostrá ahora sí tío ó no tío "maera"... Apártale un torio, un beserrote senificante y traelo pa er corraliyo, y... traeme á

mi un capote pa librarlo por sí acaso...
Rafaelyo creció tres palmos en un minuto... "No era való el haber conferensiao con su pare de cuestiones de toros!" Rafaelyo se sintió héroe... ju-gueteaba con el trapillo rojo... adoptaba posturas taurinas... "Ahora verá mi pare toa la sarsa que tengo"... Y... llegó el beserrote, lo metieron en el corraliyo y ordenó el señor Fernando:
—Niño, vamos... á demostrá á tú pare la calidá...
Salío Rafaé decidido en busca del torillo... Le hervía la sangre... Gritó con su vocecía ¡uy, toro! y el beserrote se arrancó por derecho. El niño afirmó sus pies, esperó un instante, vió acercarse rapido a aquel animalito inofensivo, pequeño que á él "le pareció más arto que la Girarda"... Lo citó con el trapo rojo, lo "dejó llegar" como un maestro, un pase, dos... un adorno... otro y otro... El toro quedó á su lado quieto, dominado por el arte y la sudadicia del "chavae"...
—¡Grabiela! — gritó el padre — Ven... observa al niño...
—¿Osá!... Qué tío!... ¡Ole mi Rafaé!... Ven que te como a besos... ¡Mi niño, mi Rafaelyo!... ¡Has observao, Manué!... Esto es la ensensia taurina... ¡Mi hijo!...
—¿Qué pasa pare?... — dice el niño — Si esto es el arfabeto... Si lo que he hecho no es ná... si yo quí se mu grande...
Unos años se pasó Rafaé encerrado en un colegio sevillano. Ya lo dijo su padre "no está reyá la tauramaquia con la educación y hasta que crezca un capoteyo y tengas facturatas ties que soportá y a luego veremos si continías con afisión y con-rifiones".
No tenía Rafaé trece años y "le hervía la sangre en ansias de comerse a los toros. Por aquel tiempo "salieron pegando duro" dos toritos de Córdoba que formaron la "Cuadrilla de Niños Cordobeses". Eran dichos toreros dos impúberes que ostentaban los nombres de Rafael Molina, "Lagartijo", sobri-no de su famoso homónimo el "Califa", y Rafael González Madrid, Machaquito", un niño rubioso y valiente que se dejaba estropear la pechera de la camiseta con los afilados pitones del

toro cada vez que salía a la plaza.
¡Sevilla no podía tolerar aquel "desplante" de Córdoba!... No era posible. Había que que deprenderian respeto los de Córdoba". Dos niños valientes y con "jechuras"... Y, se acordaron los aficionados de que Fernando el Gallo tenía un niño "mu bien plantao que le echaba seis toneías de való y arte a los toros".
Formóse la "Cuadrilla de Niños Sevillanos" con "Galitio" y "Revertito" en calidad de mata-dores, y en el año 1897 se presentaron en Barcelona con un éxito clamoroso, recorriendo después, de triunfo en triunfo todas las plazas españolas.
Ya tenía Sevilla su pareja de "niños".
Rafael Gómez toré como novillero hasta el año 1902, que recibió la alternativa de manos de Emilio Torres "Bombita".
La habitación de un hotel de la Avenida de Mayo; Allí, en el tercer piso está "El Gallo". Me espera "pa conferensia". Lo ha-llo acostado, dominado por "esa" pareja gitana que lo ha perse-guido siempre". Sobre la almoha-da blanca se destaca su rostro acetonado. De su cuello pende una cadena con medallitas de la Macarena, "er Señó de er gran Poé", la "Virgenisita é la Paloma" y otras imágenes veneradas por el "astro" taurino.
La camiseta, de seda oclor ro-sa fuerte, permite adivinar una musculatura de atleta. "El Gallo" fuma con displicencia un enorme cigarro y larga el humo "pa er siele". Me habla.
—Oye, José, vamos á echá un ratito é conversasión. Te voy a contá argunos pisodios de mi vida... Pisodios taurinos y graciosos... Ná de cuestiones tritimas que á naide é interesan más que ar protagonista pensiva y las intimidades del hogá y los dolores der corasón pa uno solo... ¡no te parese!... Pos vamos á comensá... Te voy a contá un pisodio con mucho salero y te vas á fartá de ref... Güeno... Tú habrás oío arguna ves mención mi casa de la Alameda de Hércule en Sevilla... Pos allí en er número dieinueve arrejuntyó á toa mi familia cuando murió mi probesto



versá sobre mis fracasos, sobre mis seleberrimas "españtás", pos allá vá er secreto de mis "españtás" y er secreto de mi indiferencia cuando el público se metía con mi persona... Yo, José, soy artista, pero artista e corazón, artista de mu adentro. Yo he tenido que sentí ante er toro la ispiración para jase con é toas las cosas que en er mismo instante me se venían ar sebre-ro... Fijiste una comparación pa aclará este conseto...
—To er mundo sabe — continúa el "Gallo" — que yo he sido un torero de primera. Esto no se pué negá y yo no me voy a jase el hipócrito y voy á desí sandeses. Yo he sío en er torero argo mu elevao. Pero ahora te contafé un relató que no le jise en jamás a dengún periodista der universo... Tú habrás oío con-



Cómo se hace un Monstruo

... Y surgía en Bahía el anacoreta sombrío, con el cabello crecido hasta los hombros, la barba inculta y larga; el rostro cadavérico, iluminado por una mirada fulgurante; monstruoso, dentro del hábito azul, de brin americano; apoyado al clásico bordón en que afirman su tardío paso los peregrinos...

Se desconoce su existencia durante tan largo período. Un viejo criollo, detenido en Canudos en los últimos días de la campaña, algo me dijo a su respecto, pero vagamente, sin precisar fechas, sin pormenores característicos. Conociérame en los sertones de Pernambuco, uno o dos años después de su partida de Crato. De las palabras de este testigo, deduje que Antonio Maciel, joven aún, impresionaba ya vivamente la imaginación de los sertaneros. Aparecía por aquellos lugares sin destino fijo, errante. Nada revelaba sobre su pasado. Hablaba con frases breves o raras monosílabos. Andaba sin rumbo cierto, de un apeadero a otro, indiferente a la vida y a los peligros, alimentándose apenas y ocasionalmente, durmiendo al riente, a la vera de los caminos, en una penitencia prolongada y ruda...

Tornóse pronto en algo de fantástico o embrujado para aquellas gentes simples. Al acercarse a las ranchadas de los troperos aquel viejo singular, de poco más de treinta años, cesaban los contrapuntos y las guitarras alegres enmudecían.

Era natural. Surgía escualido y macerado, dentro del hábito escuro, sin relieves, mudo como una sombra, de las chapadas pobladas de duendes...

Pasaba buscando otros lugares, dejando abortos a los lugareños supersticiosos y crédulos. Dominábalo, por fin, sin quererlo. En el seno de una sociedad primitiva que por las cualidades étnicas y la influencia de las santas misiones malévolas, entendía mejor la vida por lo incomprendido de los milagros, su vivir misterioso le dio bien pronto de un no vulgar prestigio; agrandándole, tal vez, al temperamento delirante. Poco a poco, todo el dominio que, sin cálculo, difundía a su alrededor, parece haber refluído sobre sí mismo.

Todas las conjeturas o leyendas que bien pronto le rodearon, hicieron el ambiente propicio a la germinación del propio desvarío. Su insanía estaba allí, exteriorizada. Se reflejaba en la admiración intensa y en el absoluto respeto que le tornaron tras breve tiempo en árbitro incondicional de todas las divergencias o riñas, en consejero obligado de todas las decisiones. La multitud ahorrábase la indagación torturante acerca de su propio estado emotivo, el estallido de aquellas interrogativas angustiosas y de aquella introspección delirante, entre los cuales evolucionaba la locura en los cerebros agitados. Volvía a modelarse a su imagen. Crebálo. Ampliábase desmesuradamente, la vida, lanzándolo dentro de los errores de dos mil años.

Y al evangelizador surgió, monstruoso, pero autómatas. Aquel dominador fué un títere. Obró pasivamente, como una sombra. Pero ésta condensaba el oscurantismo de tres razas. Y tanto creció, que se proyectó en la Historia...

De los sertones de Pernambuco pasó a los de Sergipe, apareciendo en la ciudad de Itabiana, en 1874.

Allí llegó, como en todas partes, desconocido y sospechoso, impresionado por su vestimenta rara: un camión azul, sin entalle, de alas anchas, cañías, y sandalias. A la espalda un sarrón de cuero en el que llevaba papel, pluma y tintero, la "Misión Abreviada" y las "Horas Marianas".

Vivía de limosnas, de las cuales rehusaba cualquier exceso, postulando apenas el sustento de cada día. Buscaba los apaderos solitarios. No aceptaba lecho alguno que no fuera una tabla pelada y, a falta de ésta, el duro suelo.

Así deambuló largo tiempo. Fue creciendo el prestigio. Ya no seguía solo. Seguíanle en la ruta sin rumbo los primeros adeptos. No los llamaba. Llegábanle espontáneamente, felices de pasar con él los mismos días de privaciones y miserias. Erán, por lo general, gente ínfima y sospechosa, recia al trabajo, farándula de vencidos de la vida, avezada en la vagancia y la rapaña.

Uno de los adeptos cargaba con el templo único, entonces, de la religión minúscula y naciente: un nicho tosco, de cedro, encerrando la imagen de Cristo.

En las paradas, por los caminos, sujetábanle al tronco de un árbol y, genuflexos, rezaban. Entraban con él, triunfante alzado, en los villorrios y poblados, en medio de un coro de letanías.

Así se presentó el Conserje, en 1876, en la villa de Itapicuru de Cima. Disfrutaba ya de una gran popularidad.

Lo dice un documento expresivo publicado aquel año, en la Capital del Imperio.

"Apareció en el sertón del norte un individuo que dice llamarse Antonio Conserjeiro, y que ejerce gran influencia en el espíritu de las clases populares, sirviéndose de su exterior misterioso y hábitos ascéticos, con los que se impone a la ignorancia y a la

simplicidad. Dejose crecer la barba y el cabello, viste una túnica de algodón y se alimenta tenuemente, pareciendo casi una momia. Seguido de dos profetas, se pasa rezando rosarios y letanías, y predicando y dando consejos a las multitudes que reúnen, donde los párrocos le permiten, y moviendo sentimientos religiosos, va arrebañando el pueblo y guiándolo a su antojo. Revela ser un hombre inteligente, pero sin cultura".

Estos dichos, rigurosamente verídicos, de un anuario impreso a centenares de leguas de distancia, delatan bien a las claras la fama que alcanzara.

Mientras tanto, la villa de Itapicuru estuvo a punto de ser el cierre de su carrera extraordinaria. Fué allí, aquel mismo año, que en medio del espanto de los fieles, inopinadamente, fué preso. Determinó la prisión una falsedad que su manera de vivir excepcional y los antiguos desórdenes domésticos, en cierto modo, justificaban: decían asesino de su mujer y de su propia madre.

Era una leyenda que ponía los pelos de punta. Contaban que, ésta, abominando a la suera, se propuso perderla. Revelara, por eso, a su hijo, que era engañado, y como éste, sorprendido, le exigiera pruebas de la falta, se propuso presentárselas sin mayor demora. Le aconsejó que pretextase un viaje cualquiera, permaneciendo, sin embargo, en acecho, en los alrededores, porque vería, por la noche, invadir su hogar el seductor que le deshonrara. Aceptado el arbitrio, el infeliz, cabalgando y distanciándose cerca de media legua, volvió luego la grupa, regresando furtivamente, por atajos poco frecuentados, a un escondite adentro del cogido, desde donde pudiera observar bien y proceder rápidamente.

Allí permaneció largas horas, hasta entrever, en efecto, alta la noche ya, que un bulfo se aproximaba a la vivienda. Vióle acercarse sigilosamente y saltar por una de las ventanas. Y no le dio tiempo para entrar. Le derribó de un tiro.

Irrumpió en seguida, de un salto, en el hogar, y con una nueva descarga fulminó a la esposa infiel, adormecida.

Volvio luego para reconocer al hombre que matara, y vió, con indescriptible espanto, que era su propia madre disfrazada de aquella manera para la consecución de su diabólico plan.

Huyó, entonces, inmediatamente, horrorizado, enloquecido, abandonándolo todo, al acaso, sertón adentro.

La imaginación popular, como se ve, empezaba a novelarle la vida, con un trazo vigoroso de originalidad trágica.

Como quiera que sea, sin embargo, lo cierto es que, en 1876, la represión legal le alcanzó cuando ya se había ultimado la evolución de su espíritu, sumergido del todo en el sueño del que jamás había despertado.

El asceta repuntaba, de una sola pieza, de la rudeza disciplinaria de quince años de penitencia. Se perfeccionaba en aquel aprendizaje de martirios que tanto preconizan viejos lumineros de la Iglesia. Venía de la experiencia brutal del hambre, de la sed, de las fatigas, de las angustias sofocadas y de las miserias profundas. No tenía dolores desconocidos. Su epidermis seca arrugábase como una coraza abollada y rota sobre las carnes muertas.

Muchas veces se asomaba a la muerte de los ayunos prolongados, con un lujo de ascetismo que sorprendiera a Tertuliano, aquel sombrío propagandista de la eliminación lenta de la materia, "descargándose de su sangre, fardo pesado e importuno del alma impaciente por huir..."

Para quien se encontraba en este aprendizaje de amarguras, aquella orden de menor importancia. La recibió con indiferencia. Se opuso a que los fieles le defendieran. Entregóse. Le llevaron a la capital de Bahía. Allí, su extraña fisonomía — faz muerta, rígida, como una máscara, sin mirada y vestimenta singularísima, y su aspecto repugnante, de desente negro, y los largos cabellos lacios y polvorientos cayéndole sobre los hombros, enmarañada entre los pelos duros de la barba desmenuada que le caía hasta la cintura, acicataron la curiosidad general.

Pasó por las calles en medio de imprecaciones y persignaciones de los creyentes asustados y beatas transidas de miedo. Lo interrogaron los jueces estupefactos. Le acusaban de viejos crímenes, cometidos en el terruño natal. Oyó el interrogatorio y las acusaciones, y no murmuró siquiera, revestido de una impenetrabilidad de mármol.

La escolta que lo trajera — se supo después — le apaleaba cobardemente en los caminos. No formuló la más leve queja. Permaneció en la indiferencia superior de un estoico.

Apenas — y este detalle curioso lo oímos de personas insospechables — el día del embarque para Ceara pidió a las autoridades que le librasen de la curiosidad pública, la única cosa que lo avergonzaba.

Llegando a la tierra natal, reconocida la improcedencia de la denuncia, fué puesto en libertad. Y, en el mismo año, reaparece en Bahía entre los discípulos que lo aguardaban siempre.

Este regreso, coincidiendo, según afirman, con el día que prefijara al ser detenido, adquirió contornos de milagro.

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

★

EN la sección Notas Sociales o Motas Sociales de un papiro doctrinista y madrugador, perteneciente al domingo veintuno de enero, comentando las actividades de ciertas damas y obispos en el desplegado marplatense, se informaba:

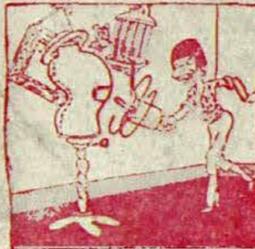
En ocasión de realizarse mañana los festejos del día del pescador, instituido por la comisión de Damas Vicentinas, que preside Da. Elisa Alvear de Bosch, se celebrarán diversos actos. Por la mañana se rezará una misa en la Iglesia de la Sagrada Familia, ubicada en el puerto. Terminada esta ceremonia, se servirá un desayuno a las familias de los pescadores en el patio del colegio, siendo atendidas por las señoras:

Elisa Alvear de Bosch, Elvira Honorina Udoando de Sojo, María Eloísa Obejero de Berisso, Adela Atucha de Gramajo, Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, Sofía Pérez de Madero, Marta Unzué de Blaquier, Magdalena Bosch Alvear de Figueroa, Guillermina Oliveira César de Wilde, Teodolina Bosch Alvear de Santamarina, Herceña Cabral Hunter de Anchorena, Helvécia Antonini de Cortezarena, Elvira Pérez de Cranwell, Carmen Marvó del Pont de Rodríguez Larreta, Mercedes Marín de Bosch, Mercedes Avellaneda de Dellepiane, Emma Gallotti de Sojo, Angélica Ella de Estrada y las Srtas. Ana, Elisa y Elvira Udoando.

A mediodía se efectuará una colecta en la rambla y en las playas, tarea que estará a cargo de un grupo de señoras, y por la tarde se realizará una procesión que llegará hasta el puerto, donde el obispo de Cuyo, monseñor Orzáiz, bendecirá las aguas, las lanchas y los peces. Por la noche se efectuará en la dársena de pescadores la fiesta veneciana que hemos anunciado.

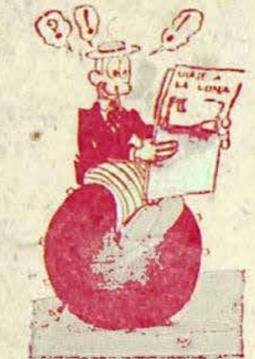
Es indudable que el desayuno servido por las aristocráticas familias ha de obtener un éxito rotundo. Ya me las imagino a Teodolina Huntley y Palmers disparar entre toda la servidumbre con un churro atrás de la oreja para obsequiar a un distinguido mojarrista; a Coquimbo Chaiselongue de Díaz Araca hacer maravillas con la nata y el caramello para satisfacer las ansias alimenticias del Rengo Banana o del Pajío Flores en su apogeo, y en general a la comisión de damas sylvianinas corriendo de la sala al comedor para dar con el paradero de una cucharita de plata sellada desaparecida en el fragor de la contienda entre buzos, balleneros y otros miembros de la sagrada familia.

También resultará pintoresca la colecta que el grupo de se-



ñoritas efectuará en las playas al mediodía. Según se dice, la recolección de mariscos, algas marinas, resaca, juncos, estalactitas y materias extrañas, va a sobrepasar en mucho a lo obtenido en otras batidas similares.

Con lo único que no estoy de acuerdo es con eso de la bendición de los peces. ¿Qué se pretende con esa medida? ¿Arruinar la industria pesquera dándole ánimos al pez espada, al bagre sapo y al filet de pejerrey? Urge que la comisión de damas solicite los servicios de un brujo adecuado para que maldiga, excomulgue y hechice al pato almeja, la raya eléctrica, el caviar y otros desoves, si no quieren que dentro de poco la fauna marina se haga presente en nuestra vida hogareña y ciudadana, introduciéndose por la camilla del agua caliente, infiltrándose en el filtro, obstruyendo los desagües, impobilizando el centogatas y llenando de escamas el altillo y el jardín de infantes.



En un artículo titulado "La Coquetería Masculina" que en El Hogar correspondiente al 26 de enero firma un señor Julián de Amenábar, hallo el pasaje (de última clase) que sigue:

Y ante tal desfiladero en portingues y arrego muchos hay que han movido melancólicamente la cabeza, atribuyendo al hecho una significación profunda, viendo en ello un signo de los tiempos, alabando las épocas remotas y heroicas en que el hombre — fuerte y audaz — cía a cuero y a sudor de caballo y a carne cruda.

Tiene razón el señor Amenábar, pocas son las personas en la actualidad que pueden vanagloriarse de un penetrante olor a cuero cabelludo o cuero de Rusia y que logran interesar por sus emanaciones equinoceales y su inconfundible aroma a carne cruda. Al señor Amenábar, que con seguridad es uno de los pocos crudos que aun persisten, debe resultarle repulsiva la presencia de los neo dandies que voltean con su tufo a huevos poché, a puchero de gallina, a matambre arrollado, a butifarra frita y a otras variaciones de sus salubres maravillosos. Dice más adelante Don Julián de Amenábar:

Dandies han sido, entre nosotros, don Benigno Ocampo, Manuel Quintana, Mansilla; dandy fué Barbey D'Aurevilly, Pedro Telex Girón, duque de Osuna, Balzac, Eduardo VII, Roberto de Montesquieu, el hermoso Brumel.

A pesar de la aseveración del informante, creo que pocas veces el duque de Osuna, Balzac, el hermoso Brumel (a quien seguramente confundió el articulista con el horroroso Kummel) y demás personajes citados, han pernecado mucho tiempo en suelo argentino. Agrega después:

De éstos y de otros mostrare la traza, tratando de que su retrato se asime de un poco del encanto que a la vida supieron otorgarle estos aristócratas del gusto que son siempre dandies, gasten levita, armadura o toga.

Que una persona logre gastar una levita y hasta una toga, puedo aceptarlo, pero que llegue a gastar una armadura, me parece excesivo. Ni aunque la cepille con Pulioi, la planche con papel de lija y la cuelgue con piedra pómez.

Refiriéndose al cafiolo vidilla que se llamó Benigno Ocampo, expresa Amenábar, moro de la morgría:

Pero claro está que don Benigno — como todo el que ha encerrado en fronteras de cris-



tal o de acero su naturaleza humana (que es en tantos puntos naturaleza animal) — tenía un desahogo de la extravagancia, de las pasiones contenidas, de los apetitos educados: el cuello.

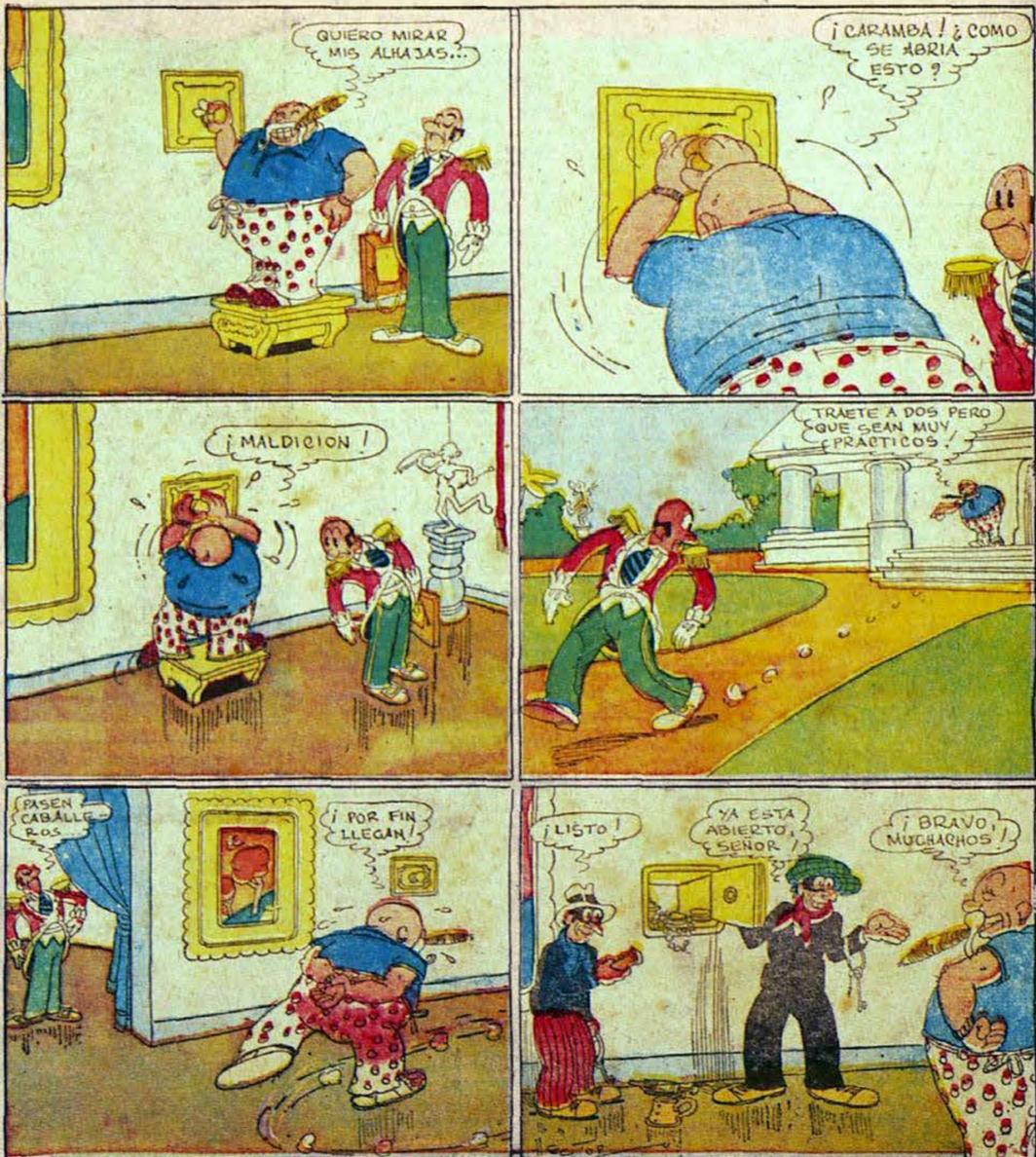
Es de lamentar que el articulista no haya encerrado su naturaleza humana en fronteras de cristal o de acero, así por lo menos no hubiera evitado el forjarnos una idea equivocada sobre las pasiones contenidas y los apetitos educados en relación a la leuceria, los puños postizos y la camisa a tablas. Amenábar nos refiere luego una anécdota de Don Benigno en una confitería de Mango en la calle Florida, y que termina con las siguientes palabras en boca del high-life Ocampo:

—Arrostraron el coche, empujándolo... escupieron en las alfombras... Es terrible. ¡Hemos pasado de calzar el escarpín de baile a dejar que se nos metan en el salón con bota de potro!

Con seguridad el distinguido orejano en conserva de la anécdota ignoraba que es imposible arrastrar una cosa empujándola, por la misma razón que es imposible tragar una cosa escupéndola. Sobre la parte final en que se cita el escarpín de baile y la bota de potro, diré solamente que ambas costumbres resultan igualmente chocantes. Si una persona desea utilizar cualquier clase de calzado, lo justo y lo elegante es que utilice un par de zapatillas, de escarpines o de botas y no que se dedique a andar en media de un lado y de zapatería en el otro.

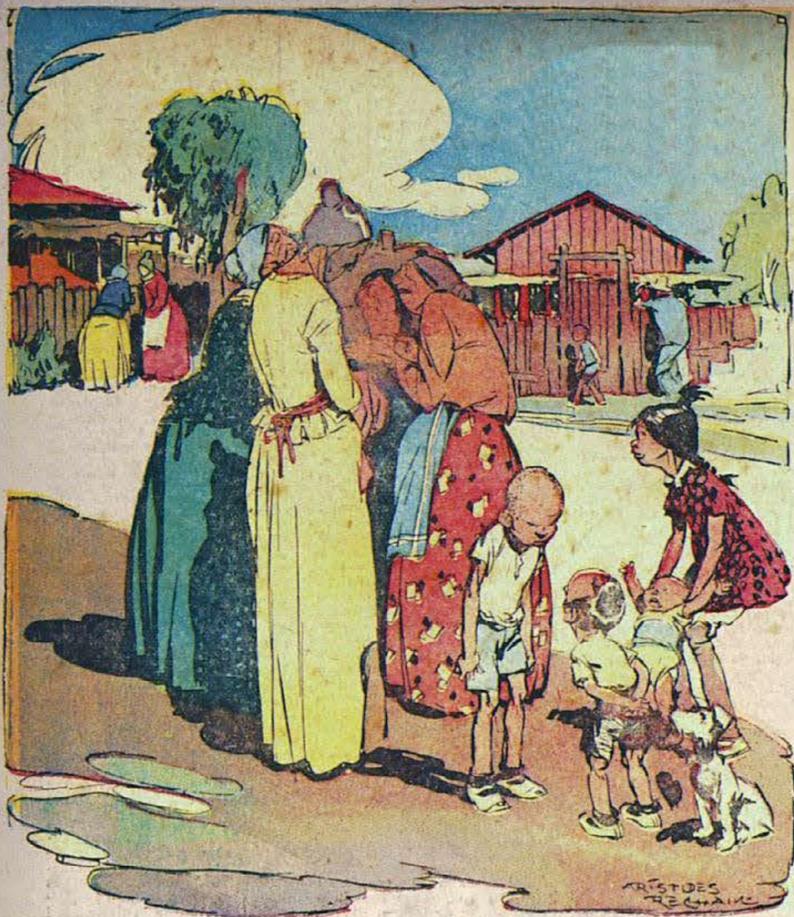


El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



por Euclides Da Cunha

Ilustración de Rechain



La Oveja Mora

El horizonte enrojecido enciende los campos del oeste. Un viento bajo y continuo levanta la arena de los médanos velando la inmensidad de la pampa. Anochece.

—¿Che, Ramón, qué hora es...? ¡Y tu madre que no llega! —Encerraste los animales? —Sí.

—¿Dónde? —En el "lote de la iglesia".

Como el pueblo era nuevo, sólo tenía nombre lo que iba a ser: Iglesia, escuela, municipalidad y a don Reguna, porque era el más viejo de los pobladores, le habían dado permiso para echar los animales en los lotes del municipio.

Su casa: dos cuartos, un corredor todo techado de cine y una cocina de material recién hecha. Esta es la obra de mi mujer, decía don Reguna, golpeando con la mano las paredes frescas. — orgulloso de ser el marido de doña María.

Ahora mostraba la cocina a todo el que caía por ahí, como el año pasado había recorrido con minuciosas precauciones el jardincito de malvones y rosas, pero lo que miraba con respeto y sorpresa, era la enredadera de campanillas azules y rosadas que envolvía el alambrado que encerraba la huerta — obra de doña María, también.

Don Reguna estaba preocupado y mas no teniendo a su lado a su mujer. Sentía esa tarde como decía él: "algo que me afloja y tengo que sentarme" lo que no le costaba nada. —Buenas noches, don! —Un hombre a caballo se había parado en la puerta.

—¿De dónde venís, Domingo? —De la estación. —¿Hay novedad?

—Manía decir doña María, que recién de mañana vendrá. —¿Qué decís muchacho? y nosotros qué hacemos ahora! —Y, don, "la rusa" está a los gritos.

—¡Hijo! traiga mate, pues. Estaba nervioso, era un buen pretexto para matar a su gusto. Doña María le mezquinaba "el vicio".

El viento los hizo entrar a la cocina, porque venía desmenuciendo las nubes que se habían amontonado por la mañana en el horizonte. La puerta de la cocina se cerró de golpe. —Me parece que este viento saca agua, dijo Reguna.

—Buena suerte pa la "rusa", dicen que en cuanto afloje la tormenta, don José es padre... ¿Se sirve? — Domingo le ofreció cigarrillos. —Gracias, bueno le haremos gusto. — Así que don José es el padre, mirá en que lío se ha metido.

Era una noche de vela para todo el pueblo; como en los días que había fútbol, se olvidaban las pequeñeces diarias entre vecinos para formar dos bandos bien unidos.

La vía del tren había partido en dos al pueblo y de cada lado hacia cabecera un almacén.

Para ellos, lo mejor estaba del lado en que vivían: los mejores pastos; los animales más gordos, las mejores muchachas y los más guapos mozos. Y los chismes, saltaban la vía sin descanso...

El bolichero de la izquierda (mirando de donde llega el tren de Buenos Aires), estaba de malhumor porque hacía dos

POR **Graciela Baliero**

días que su rival y colega de la derecha tenía mucho movimiento en el almacén; sentado en la puerta del suyo veía entrar constantemente gente.

Los dos bandos comadreaban juntos, porque en seguida se supo que "la rusa" había hecho llamar a Doña María — a pesar de que ésta era del lado izquierdo — para que la asistiera en el trance.

Así fue el asombro de Doña María y de los vecinos cuando la llamaron pero, había una razón imperiosa, "la señora" de su bando se había negado a asistir — siendo ella amiga de Don José — porque se corrían rumores poco decentes: las comadres de uno y otro bando, la habían visto hablando con un extraño.

Don José se enteró del asunto por la negativa de "la señora".

Desde temprano en el "boliche" tomaba vino porque no sabía qué decisión tomar: echarla como le decían sus vecinos, o dejarla en su casa, como decían los vecinos del otro bando.

Don Reguna sacó coraje del susto que tenía encima y le dijo al muchacho: —¿Vamos a tomar unas copas, antes de que se largue a llover?... Montaron sus caballos y enderezaron al boliche.

Los rumores poco decentes se habían convertido ya en certidumbre y se discutía la paternidad de Don José, con el mismo apasionamiento que el domingo último se discutía un "goal".

En bando de la izquierda quería que el hijo fuese de Don José por contradecir a "la señora" de la derecha y vecina de "la rusa" y el de la derecha quería que se confirmasen las sospechas del extraño (del que decían era moreno, y sólo de noche y de lejos le habían visto) de rabia a que Doña María, buena mujer, había corrido a asistirle.

Doña María, digna como era, no dejó entrar a nadie al cuarto de "la rusa" y cuando na-

ció el chico mandó buscar al marido. Don José, alcoholizado, lloraba y contaba la felicidad que tenía con su mujer y en seguida gritaba e insultaba a medio mundo. —Don José, lo buscan. —¿Quién? ¿Qué hay? —Don José, Doña María lo llama.

Se puso rojo, de alcohol y rabia y enojaba la mesa como si quisiera atravesarla, con esa insistencia en el gesto del borracho, que encuentra resistencia a lo que se le ocurre.

Claro que había algunos más "frescos" que se entretenían en sacarlo de quicio.

Reguna, al oír que Don José prometía la muerte a unos y otros, le dice, apoyando la mano en su hombro: —¿Pero, amigo, no ha visto en una majada Lincoln nacer una oveja mora?

—¿Tiene razón? Y salió Don José, contentísimo, a abrazar a su mujer.

La lluvia alargaba la noche. Don Reguna contaba cosas y no había uno de los presentes que no conociese zarios, en la estancia de Don Fulano, también en la majada de Don Mengano...

Los ánimos se tranquilizaron, y más de uno roncaba profundamente. Amaneció. La vía separaba el pueblo y cada vecina en sus quehaceres y los hombres en el campo.

Reguna le decía a su mujer. —A mí me lo podés decir, ¿de qué color es el chico?

—Igualito al padre — le contestó Doña María con una voz sin réplica.

—Bueno, me voy a llevar la chata al herrero.

No tenía Reguna mayor curiosidad, pero si le preguntaban en el boliche o la mujer del herrero, que estaría en el taller esperando que él pasara, ¿qué contestaría?

Esta era la intriga de los dos bandos: si era blanco o si era moreno.

Doña María sólo decía: "Es igualito al padre". No la podían sacar de ahí y no se animaban a hacerle más preguntas porque la capacidad de respeto que tenía la guardaban para Doña María, eso sí.

Y ella contestaba así para ser la única, por unos días, naturalmente, que conocía el secreto. Cuando la llamaron había corrido a atender a "la rusa" no sólo porque era "su profesión", sino que, picada por lo que se decía, sería ella la primera en saberlo.

Hay que ver en el campo lo que significa de prestigio ser el primero en un chisme o en una noticia, pero, también, qué exigencia, cuando le llega el turno de una "degracia" como les llaman: una hija que se escape o un hijo que se insolentó y lo echaron o una paliza propinada a su mujer en una borrachera.

¡Cuánto cuidado para que no trascienda, cuánto disimulo, porque saben que el mismo hambre que tienen ellos con lo que les sucede a otros, esos otros lo tienen con lo que les sucede a ellos. Sin embargo, la vida pegada a la tierra, limpia, y en poco tiempo se olvidan aunque los recuerden siempre, estos sucesos.

Más de una vez mirarán al chico, unos buscando rasgos de Don José, y otros... "La rusa" dirá: es igualito a su abuelo.



YA SABES, TENEMOS QUE REGALARLE UN DINOSAURO A LA REINA.

BUENO, ¿DONDE ESTA MI DINOSAURO?

¡JAZMIN, JAZMIN!

ACA ESTAN SUS HUELLAS.

JAZMIN DEBE HABER CRUZADO EL RIO, TENDREMOS QUE CONSTRUIR UNA BALSA.

EL BARCO ESTA LISTO, PODEMOS ZARPAR.

FLOTA MARAVILLOSAMENTE.

¡MIRA!

CREO QUE TARDAREMOS EN LLEGAR.

¡OH! UN MONSTRUO

EL MONSTRUO SE HA SUMERGIDO.

DE BUENA NOS HEMOS SALVADO.

MIRA, JUSTAMENTE LO QUE VENIAMOS BUSCANDO.

AHORA TENEMOS QUE BUSCAR A JAZMIN.

LO RARO SERA ENCONTRAR LAS HUELLAS DE JAZMIN.

¡CARAMBA! OTRA VEZ EL RIO.

¿PELOPONESO Y SU AMIGO TODAVIA NO HAN REGRESADO?

NO, LOS VOY A IR A BUSCAR, Y JAZMIN ME ACOMPAÑARA.

¿DONDE ESTUVISTE?

TENEMOS QUE BUSCAR LAS HUELLAS DE PELOPONESO.

¿DONDE ESTUVISTE?

AQUI SE PIERDEN LAS HUELLAS DE NUESTROS AMIGOS.

SEGUIREMOS CAMINANDO POR LA ORILLA DEL RIO, SI QUEREMOS ENCONTRARLOS.

SEGUIREMOS CAMINANDO POR LA ORILLA DEL RIO, SI QUEREMOS ENCONTRARLOS.